

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX

San José, Costa Rica 1930 Sábado 12 de Abril

Núm. 14

Año XI. No. 486

SUMARIO

José María Eguren	Julian Petrovick y Alberto Ureta	Hablando de Hispanoamerica en las calles de París con el colombiano Max Grillo.....	Carlos Deambrosio Martins
El primer milagro.....	Azorin	Carta de Unamuno.....	
El caso de Cuba (2).....	Ismael Pérez Amunátegui	Otras declaraciones de Vasconcelos.....	
Todavía más sobre Rockefeller.....	Mario Sancho	A propósito de ciertos brujuleos mercenarios.....	Juan del Camino
Poesías.....	José M. Eguren	El destino de los Libertadores.....	Manuel Ugarte
Testimonios.....		Bajorrelieve de algunos hechos.....	Alberto Gerchunoff
Efrén Rebollo.....	Frco. Montero G. I. y E. Díez-Canedo	Tablero (1930).....	Juan Ulloa
		Qué es la humanidad?.....	

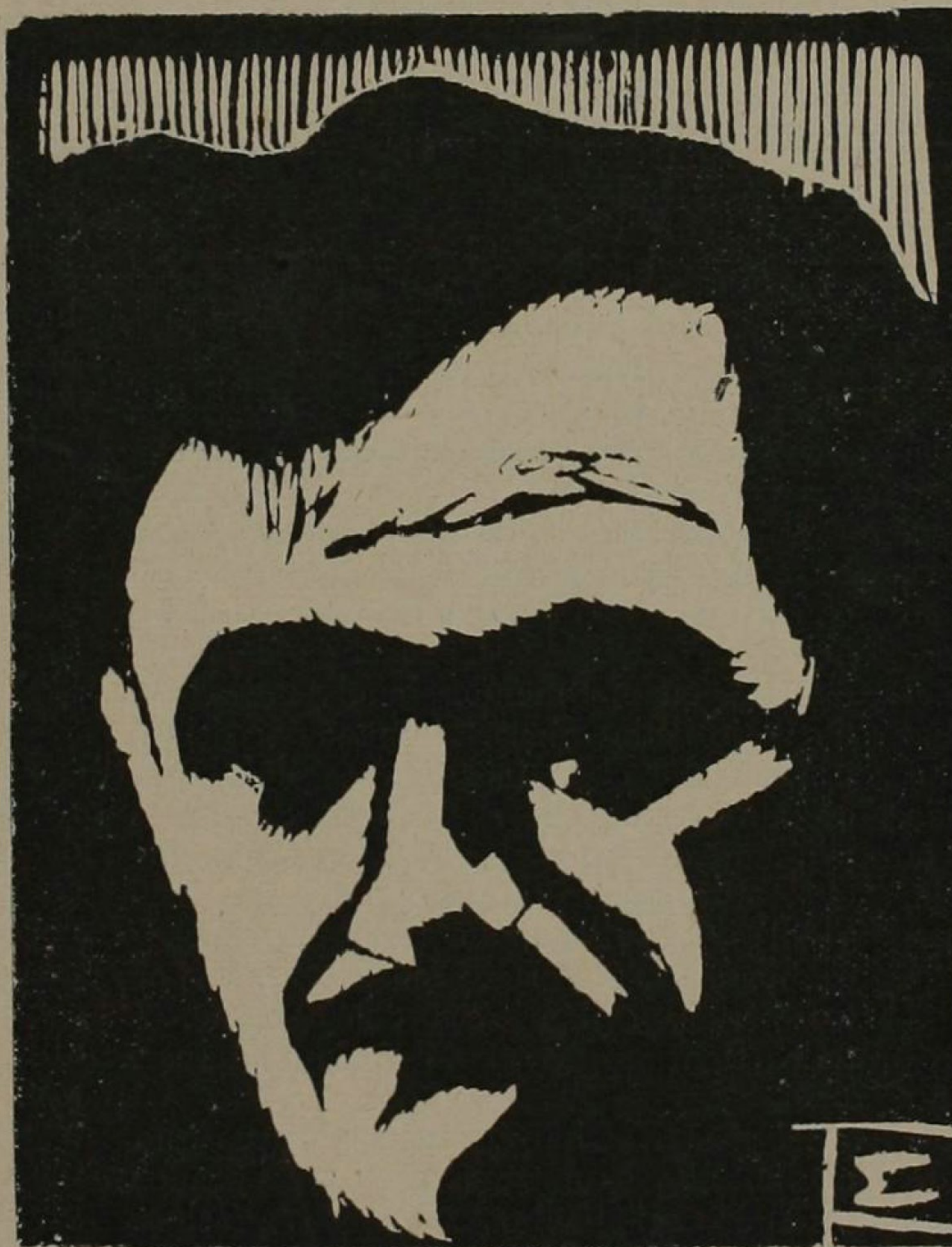
DE las generaciones intelectuales del Perú ninguna figura ha crecido tanto en la poesía como la de José María Eguren, porque este poeta es el único que ha logrado alcanzar la más pura expresión de la poesía en un lenguaje que parece que recién emergiera de las fuentes mitológicas. Ningún otro poeta ha tenido una situación tan precisa y tan lógica en el arte. Siempre equivocaron los caminos que tiende la poesía entre la pureza y el hombre, para que de éste se desprenda el poeta, como en la evasión de las almas sublimes de los cuerpos deformes, y lleve su tránsito a una altura de la tierra en que pueda batir las alas sin temor de mancharlas ni de rasgarlas.

La verdadera poesía obliga a la evasión del espíritu franqueando las puertas de los prejuicios de moral, religión o doctrinas revolucionarias que encierran el alma y la privan de su libertad de cielo, de su alejamiento de toda lógica humana, de toda matemática. La poesía está formada de realidades ilógicas, de fenómenos abstractos, de representaciones del sueño, de una constante novedad, de un mundo aparentemente irreal, pero que para la poesía tiene una existencia patente, sobrenatural. La poesía tiene una lógica sobrenatural. Sólo lo sobrenatural de uno es lo poético. Para el poeta el mundo fluye de su interior. La poesía no representa al hombre ni a la naturaleza. Es nada más que la representación de ella misma.

Esto es lo que ha conseguido Eguren al desligarse de toda tendencia. Su poesía no tiene explicación lógica dentro de lo natural, y el arte es eso. Todas las juventudes intelectuales del Perú consideran, a pesar de lo tendenciosas que son, a José María Eguren como el más grande poeta peruano. ¿Por qué? Porque este poeta ha logrado rodear su poesía de una máxima pureza vívida,

José María Eguren

=De Atenea Concepción, Chile=



José María Eguren

Madera de Esquerilloff

El poeta Eguren está vinculado en mis recuerdos a los gratos días de mi iniciación literaria, remotos y tranquilos. De aquí que al reconocimiento de sus méritos y de su obra, se una en la simpatía que guardo por este soñador impenitente, una visión de primaverales andanzas o ilusiones de juventud. Por esos tiempos—hace veinte años—Eguren no había recibido aún el espaldarazo de Cabotín, y era tan anónimo como los ocho o diez poetas que nos reuníamos en la imprenta de Seguin, en Santa Ana, todas las tardes. Presidía el cenáculo Enrique Bustamante y Ballivián, en quien la diplomacia no ha ahogado felizmente al gran poeta que es. Oficiaba de maestro José María Eguren, que para nosotros lo era indiscutido y agregaré que hasta ahora lo sigue siendo, al menos para mí, pese a su huraño y misántropo retraimiento.

Lo que más nos seducía en Eguren era el espíritu nuevo que nos traían sus versos. Nada de lo que habíamos leído has-

(Pasa a la página 213)

no muerta como la pureza que rodea a la luna, para cuya explicación tendríamos que hacer un viaje a lo Julio Verne, sólo que con el oxígeno de la poesía de Eguren viajaríamos como unos ángeles.

La poesía de Eguren tiene su más preciso valor en su pureza. Pertenece a una atmósfera sutil. No existe ninguna tendencia que perturbe el silencio de su pureza. No le podrían combatir ni los más apasionados revolucionarios porque ha cumplido su misión humana volcando su alma en la exigencia del arte para levantar el fondo de la belleza.

Tiene este abono más que justifica su vida y que son los matices necesarios con los que hay que rodearse para merecer la canonización poética, el haberla sustraído de todo contacto para formar la atmósfera de pureza que debía respirar su grande arte. Tampoco puede tacharse de deshumanizado porque su poesía tiene su vitalidad, cierto es, distinta de otras vitalidades, pero eso es precisamente lo que busca el arte. La poesía está en Dios; pero no Dios en la poesía, por eso también puede estar en Luzbel. Generalmente la poesía está en el revés de las cosas que tienen una superficie vulgar para nuestros ojos vulgares.

La soledad de Eguren tiene una belleza infinita y de angustia. Parece que a la belleza hay que llegar por el dolor, al menos de las cosas que lo rodean a uno.

Es el hombre sin amigos, con el mundo muerto entre sus manos, con el paisaje muerto, de muertas esperanzas. Sólo vive su poesía en su pequeña casita de Miraflores enredada en árboles olorosos y pájaros sombríos que cantan a la noche sus trovas desesperadas.

Alejado de todo contacto vive en carne y hueso su poesía. Atormentado en su torre de marfil como un genial orfebre pule sus

poemas angustándose los dedos del alma. Por fin revienta como una rosa endemoniada un poema, y su *torre de marfil* se torna lúgubre. Asombra a los árboles que se despedazan contra el viento.

Atormentado siempre, busca un nuevo mundo. Cree hallarlo en el de los insectos. Trata de interpretarlo en sus pequeños y angustiosos cuadros. Desfilan todos los insectos iluminando la imaginación que enfrentamos a sus cuadros de una adolescencia genial.

Este pequeño mundo, intrincado, de los insectos fatiga pronto su imaginación. Intenta retornar a la niñez y no puede. Es un niño, sin embargo. Pero no sabe que es un niño. Vive trágicamente desde el momento que tiene que buscar una lógica explicación a su existencia.

Inventa una diminuta máquina fotográfica y hace retratos ausentes sin otro elemento que su pura imaginación. Tiene una inquietud que le tiembla en todo

el cuerpo como un caballo brioso. Pinta. Escribe. Juega. Pega un zarpazo a la música y se alimenta como una fiera este hombre de dedos que parecen estambres de una flor y que se viste con su propia sombra para abultar su cuerpo.

Recorre el mar, más bien recorre la playa de brazo del mar. El no sabe por qué es amigo del mar. Cree que es una tradición de su espíritu.

Cuando *Colónida* (revista literaria que fecundó un ambiente poético en el Perú y cuyo director fué el malogrado poeta Abraham Valdelomar) descubrió a Eguren, los muchachos intelectuales, desde entonces, acuden a la casa de Eguren a estrechar las manos de ese pequeño hombre cuyos ojos azogados se pierden debajo del párpado flácido.

Acuden en romería los muchachos a oírle hablar, pero Eguren no habla. Vive evadido de sí mismo. Vive trágicamente y en un silencio puro.

Julián Petrovick

El primer milagro

=De la obra *Blanco en Azul*. Cuentos. BIBLIOTECA NUEVA. Madrid=

*En Belén: año primero
de la era Cristiana.*

LA tarde va declinando; se filtran los postreros destellos de sol por el angosto ventanito del sótano. Todo está en silencio. Las manos del anciano van removiendo, como si fuera una blanda masa, el montón de monedas de oro, relucientes, que está sobre la mesa. El anciano tiene una larga barba entrecana; los ojos aparecen hundidos. Los últimos fulgores del sol van desapareciendo; por el tragaluz ya sólo se escurre una débil y difusa claridad. Las monedas vuelven a la recia y sólida arca. El anciano cierra la puerta con un cerrojo, con dos, con una armella, con unas barras de hierro, y luego asciende, lento, por la angosta escalerita. Ya está en la casa. La casa se levanta en un extremo del pueblo; se halla rodeada de extenso vergel, y tiene, a un lado, una accesoria para labriegos y servidumbre. El anciano camina lentamente por la casa; su índice—el de la mano derecha—pasa y repasa sobre la curvada nariz. Al pasar por un corredor ha visto el viejo una puerta abierta; esta puerta ha mandado él que esté siempre cerrada. Se detiene un momento el viejo; da una voz de pronto; le enardece la cólera; acude un criado; el viejo impropia al criado, se acerca a él, le grita en su propia cara. Tiembla el pobre servidor, y prorrumpe en palabras de excusa. Y el viejecito de la barba larga prosigue su camino. De pronto se detiene otra vez; ha visto sobre un mueble unas migajas de pan. La cosa es insólita. No puede creer el anciano lo que ven sus ojos. Llegarán, por este camino, a dispersar, destruir su hacienda. Han estado aquí, sin duda, comiendo pan—pan salido, indudablemente, de la despensa—, y han dejado caer unas migajas. Y ahora su cólera es terrible. La casa se hunde a gritos; la mujer del viejo, los hijos, los criados, todos, todos le rodean

suspensos, temblorosos, mohinos, tristes. Y el viejo prosigue con sus gritos, con sus denuestos, con sus improperios, con sus injurias.

La hora de cenar ha llegado. Antes ha conversado el anciano con los cachicanes que llegan todas las noches de las heredades cercanas. Todos han de darle cuenta—cuenta menudísima, detallada—de la jornada diaria. No puede acostarse ningún día el viejo sin que sepa, concretamente, en qué se ha gastado el más pequeño dinero y qué es lo que han hecho, minuto por minuto, todos sus servidores. La relación de los labrantines y cachicanes se desliza entreverada por los gritos y denuestos del anciano. Y todos sienten ante él un profundo pavor.

El pastor se ha retrazado un poco esta noche. El pastor regresa de los prados próximos al pueblo, todas las noches, poco antes de sentarse a la mesa el anciano. El pastor apacienta una punta de cabras y un hatillo de carneros. Cuando llega, después de la jornada, por la noche, encierra su ganado en una corraliza del huerto y se presenta al amo a darle cuenta de la jornada del día. El anciano, un poco impaciente, se ha sentado a la mesa. Le intriga la tardanza del pastor. La cosa es verdaderamente extraña. A un criado que tarda en traerle una vianda—retraso de un minuto—, el anciano le grita desaforadamente. El criado se desconcierta; un plato cae al suelo; la mujer y los hijos del viejo se muestran despavoridos; sin duda, ante esta catástrofe—la caída de un plato—, la casa se va a venir abajo con el vociferar colérico, iracundo, tempestuoso, del viejo. Y, en efecto, media hora dura la terrible cólera del anciano. El pastor aparece en la puerta; trae cara de quien va a ser

ajusticiado; en mal momento va a dar cuenta de su misión del día.

—¿Ocurre alguna novedad?— pregunta el viejo al pastor.

El pastor tarda un instante en responder; con el sombrero en la mano, mira absorto, indeciso, al señor.

—Ocurrir, como ocurrir—dice al cabo—, no ocurre nada...

—Cuando tú hablas de ese modo es que ha ocurrido algo...

—Ocurrir, como ocurrir...—repite el pastor dando vueltas entre las manos al sombrero.

—¡Sois unos idiotas, mentecatos, estúpidos! ¿No sabéis hablar? ¿No tienes lengua? Habla, habla...

Y el pastor, trémulo, habla. No ocurre novedad, no ha sucedido nada durante el día. Los carneros y las cabras han pastado, como siempre, en los prados de los alrededores. Los carneros y las cabras siguen perfectamente; han pastado bien; sí, han pastado como todos los días... El viejo se impacienta.

—¡Pero, idiota, acabarás de hablar?—grita colérico.

Y el pastor dice, repite, torna a repetir que no ha ocurrido nada. No ha ocurrido nada; pero en el establo que se halla a la salida del pueblo, junto a la era—establo y era propiedad del señor—, ha visto, cuando regresaba el pastor a casa, una cosa que no ha visto antes. Ha visto que dentro del establo había gente.

El viejo, al escuchar estas palabras, da un salto. No puede contenerse; se levanta, se acerca al pastor y le grita:

—¿Gente en el establo? ¿En el establo que está junto a la era? Pero..., pero ¿es que no se respeta ya la propiedad? ¿Es que os habéis propuesto arruinarme todos?

El establo son cuatro paredillas ruinosas; la puerta—de madera carcomida, desvencijada—puede abrirse con facilidad; una ventanita, abierta en la pared del fondo, da a la era. Ha entrado gente en el establo; se han instalado allí; pasarán allí la noche; tal vez estén viviendo allí desde hace días. Y todo esto en la propiedad, la sagrada propiedad del viejo. Y sin pedirle a él permiso. Ahora la tormenta de cólera es tan grande, más grande, más estruendosa que antes. Sí, sí; indudablemente todos se han propuesto arruinar al pobre anciano; todos, descuidados, manirroto, sin parar atención en la hacienda, se han propuesto que este anciano acabe en la pobreza, en la miseria. El caso de ahora es terrible; no se ha visto nunca cosa semejante; nunca ha entrado nadie en una propiedad—casa o tierra—de este viejo señor. Y el viejo señor, ante hecho tan peregrino, estupefacto, decide ir él mismo a comprobar el desafuero, a remediarlo, a echar del establo a esos vagabundos.

—¿Qué gente era?—le pregunta al pastor.

—Pues eran..., pues eran—replica titubeante el pastor—; pues eran un hombre y una mujer.

—¿Un hombre y una mujer? Pues ahora veréis.

Y el viejo de la larga barba ha cogido su sombrero, ha empuñado el bas-

tón y se ha puesto en camino hacia la era próxima del pueblo.

La noche es clara, límpida, diáfana; brillan — como las moneditas de oro antes — las estrellitas en el cielo. Todo está sosegado; el silencio es grato, profundo. El anciano va caminando solo, nerviosamente, vibrando de cólera. Da fuertes golpazos con el cayado en el suelo. La silueta del establo, ante la blancura de la era, se percibe a lo lejos, sobre el cielo de un azul oscuro. Ya va llegando el anciano a las paredillas ruinosas. La puerta está cerrada. La mano izquierda del viejo pasa y repasa por la lengua barba. No quiere el viejo penetrar de pronto por la puerta. Se detiene un momento, y luego, despacito, se va acercando a la ventanita que da a la era. Se ve dentro un vivo resplandor. El anciano va aplicar su cara a la ventana. Ya sus ojuelos vivarachos están cerca del angosto hueco. La mirada del anciano penetra en lo interior. Y, de repente, el viejo lanza un grito, un grito que se esfuerza, un segundo después, por reprimir. La sorpresa ha paralizado los movimientos del anciano. A la sorpresa sucede la admiración; a la admiración, la estupefacción profunda. Todo el cuerpo del anciano está clavado junto a la pared con sólida inmovilidad. La respiración del viejo es anhelosa. Jamás ha visto el viejo lo que ha visto ahora; esto que el anciano contempla no lo han contemplado, sin duda, nunca ojos humanos. No se aparta la mirada del viejo de lo interior del establo. Pasan los minutos, pasan las horas insensiblemente. El espectáculo es maravilloso, sorprendente. ¿Cuánto tiempo ha pasado ya? ¿Cómo medir el tiempo ante tan peregrino espectáculo? Tiene la sensación el anciano de que han pasado muchas horas, muchos días, muchos años... El tiempo no es nada al lado de esta maravilla, única en la tierra.

Regresaba lentamente, absorto, meditativo, el viejo a su casa de la ciudad. Han tardado en abrirle la puerta, y él no ha dicho nada. Dentro de la casa, una criada ha dejado caer la vela cuando iba alumbrándole, y él no ha tenido ni la más leve palabra de reproche. Con la cabeza baja, reconcentrado, iba andando por los corredores como un fantasma. Su mujer, que le ha recibido en una sala, al hacer un movimiento brusco, ha derribado un mueble; han caído al suelo unas figuritas y se han roto. El anciano no ha dicho nada. La sorpresa ha paralizado a la esposa del caballero. La sorpresa, el asombro ante la insólita mansedumbre del viejo ha sobrecogido a todos. El anciano, encerrado en un profundo mutismo, se ha sentado un sillón. Sentado, ha dejado caer la cabeza sobre el pecho, ha estado meditando un largo rato. Le han llamado después — como se llama a un durmiente —, y él, con mansedumbre, con bondad, dócilmente, cual un niño, se ha dejado llevar hasta la cama y ha consentido que le fueran desnudando. Y a la mañana siguiente, el viejo ha continuado silencioso, absorto; a unos pobres que han llamado a la puerta les ha entregado un

puñado de monedas de plata. De su boca no sale ni la más leve palabra de cólera. La estupefacción es profunda en todos. De un monstruo se ha trocado en un niño el viejo señor. Su mujer, los hijos, están alarmados; no pueden imaginar tal cambio; algo grave debe de ocurrirle al viejo; durante su paseo, por la noche, a la era, al establo, algo ha debido de ocurrirle. Esta mansedumbre de ahora es acaso más terrible que las cóleras de antes; acaso pueda ser nuncio este abatimiento de algún grave mal. Todos miran, observan, examinan al anciano en silencio, recelosos, inquietos. No se deciden a interrogarle; el se obstina en su mutismo. Y la mujer, al cabo, dulcemente, con precauciones, interroga al anciano. El coloquio es largo, prolijo; el viejo no accede a revelar su secreto. Junto al oído de la mujer ha puesto, para hablar, para hacer la revelación suprema, sus labios. El asombro se pinta en la cara de la esposa.

—¡Tres reyes y un niño!— exclama sin poder contenerse.

Y el anciano le indica que calle, poniéndose el índice de través en la boca. Sí, sí; la mujer callará. Callará, pero pensará siempre lo que está pensando ahora. No sabe la buena señora qué es peor, si lo de antes — las cóleras de antes — o esta locura, sí, locura, de ahora. ¡Tres reyes en el establo y un niño! Evidentemente; durante su paseo nocturno debió de ocurrirle algo al anciano. Poco a poco se difunde por la casa la noticia de que la mujer del anciano conoce el secreto de éste; preguntan los hijos a la madre; la madre se resiste hablar; al cabo pegando la boca al oído de la hija, revela el secreto del padre. Y la exclamación no se hace esperar.

—¡Qué locura! ¡Pobre!

La servidumbre se entera de que los hijos conocen la causa del mutismo del señor; no se atreven, por el pronto, a interrogar a los hijos; al cabo, una sirvienta anciana, que lleva en la casa treinta años, pregunta a la hija. Y la hija, po-

niendo sus labios a par del oído de la anciana, le dice unas palabras.

—¡Oh, qué locura! ¡Pobre, pobre señor! — exclama la vieja.

Poco a poco la noticia se ha ido difundiendo por toda la casa. Sí; el señor está loco; padece una singular locura; todos mueven a un lado y otro la cabeza tristemente, compasivamente, cuando hablan del anciano. ¡Tres reyes y un niño en un establo! ¡Pobre señor!

Y el viejo de la larga barba, sin impaciencias, sin irritación, sin cóleras, va viendo, en profundo sosiego, cómo pasan los días. A la mansedumbre se junta en su persona la liberalidad. Da de su dinero a los pobres, a los necesitados; tiene para todos palabras dulces, exorables. Y todos en la casa, asombrados, recelosos, entristecidos, —sí, entristecidos—, le miran con mirada larga y piadosa. El señor se ha vuelto loco; no puede ser de otra manera. ¡Tres reyes en un establo! La mujer, inquieta, va a buscar a un famoso doctor. Este doctor es un hombre muy sabio; conoce las propiedades de los simples, de las piedras y de las plantas. Cuando ha entrado el doctor en la casa le han conducido a presencia del viejo; ha dejado éste hacer al doctor; parecía un niño, un niño dócil y débil. El doctor le ha ido examinando; le interrogaba sobre su vida, sobre sus costumbres, sobre su alimentación. El anciano sonreía con dulzura. Y cuando le ha revelado su secreto al doctor, después de un prolijo interrogatorio, el doctor ha movido la cabeza, asintiendo, como se asiente, para no desazonarlo, a los despropósitos de un loco.

—Sí, sí—decía el doctor—. Sí, sí; es posible. Sí, sí; tres reyes y un niño en un establo.

Y otra vez tornaba a mover la cabeza. Y cuando se ha despedido, en el zaguán, a la mujer del anciano, que le interrogaba ansiosamente, ha dicho:

—Locura pacífica, sí; una locura pacífica. Nada de peligro; ningún cuidado. Loco, sí, pero pacífico. Ningún régimen especial. Esperemos...

A z o r í n

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

El caso de Cuba

(2.—Véase el número 3 del tomo en curso)

EL fracaso cubano—moral, espiritual, económico—plantea a la América, a la que va desde el Río Grande hasta el polo Sur, y también a la que está al Norte, un problema de amplia trascendencia. ¿Ha llegado el pueblo de la isla antillana a la dolorosa situación presente porque nunca sus pobladores poseyeron las virtudes, las capacidades, para liquidar los vicios del coloniaje español y para disolver el impacto del poderío económico yanqui? ¿O, ante una dura, inexorable fatalidad histórica, en la órbita de una fuerza capitalista en marcha avasalladora, fué el destino de Cuba caer para no levantarse?

Si damos paso a la fatalidad histórica, económica, estamos condenando—previamente—a toda Hispanoamérica, donde en mayor o menor tamaño se está mostrando la realidad que ha llevado a la República Cubana a la postración de ahora.

Y negando la fuerza del heroísmo, del desinterés, de la limpieza de pensamiento y de acción que caracterizaron al cubano durante el siglo en que, por defender su derecho a la vida, se desangró entre las bayonetas de España.

El ánimo quiere resistirse, creerse engañado ante la pérdida definitiva de un pueblo de tan bello pasado. Y quiere sobrenadar, en la tormenta que abate los valores esenciales, el idealismo que situó el éxito y la vida—en la prédica de José Martí—en el ímpetu cordial, en la acción de un grupo de espíritus egregios. Pero la fuerza del corazón y de la conciencia que, por la propia palabra de Martí hizo la República, parece impotente ante el naufragio. Y en lo íntimo de los cubanos mejores quiere vivir, sin sustentáculo lógico, la fe en un mañana lejano, puro, como hecho con el dolor de hoy.

El espectáculo dá poco espacio a la esperanza. La bota del yanqui en el Ingenio, en el Banco, en el Palacio Presidencial. La bota del Presidente Machado sobre todas las espaldas. Ya nadie ignora que vive Cuba—en lo interior—una dictadura de tipo netamente hispanoamericano más parecida a la de Venezuela—aunque, hasta ahora, no tan sangrienta,—que a la del Perú. Todos los poderes en una mano campesina que sostiene, como la del viejo rey, el pan y el palo. Un Congreso respetuoso, obediente, sumiso a la mano rectora que concede la *colecturía* y tasa equitativamente el precio de la incondicionalidad. Un poder judicial que mira a la mano-providencia antes de confeccionar la razón de los litigantes. Un ejército mimado, adulado por el Jefe Único, con dietas increíbles y Generales de consignaciones y conciencias anchísimas.

La mano omnipotente es dócil y humilde para el gesto del Norte. Recoge el fruto para el dueño extranjero. Siempre entre los dedos—habituados a apretar—queda lo que hace falta para el boato imperatorio y los genízaros numerosos.

¿Y los políticos, y los intelectuales, y

el pueblo? Los políticos—fauna similar, idéntica a la de Caracas—se debaten entre el temor a la mano guajira—muy dura en su venganza—y su voracidad un poco puesta a raya por el Dictador que toma demasiado para sí. ¿Excepciones? Pocas y heroicas: el grupo honesto y desorientado que se mantiene junto a la bandera del Partido Nacionalista. Los intelectuales—también de filiación caraqueña—inciensan al mandón y le adelantan fórmulas y caminos dialécticos. También excepciones raras y admirables. En lo alto, como siempre, Enrique José Varona, ciudadano de América. Y grupos juveniles de muy fina y alerta cultura, de notoria inconformidad con lo presente pero sin resonancia en las masas y sin definido pensamiento político.

Ismael Pérez Amunátegui

(Envío del autor)

Todavía más sobre Rockefeller

(Envío del autor)

UN amigo colombiano me decía que en los cabildos municipales de su país ocurre muy amenudo que después de dos o tres horas de reñido debate nadie sabe lo que se discute. Para que no pase lo mismo entre Don Juan del Camino y yo conviene que digamos primero lo que está en discusión: si los métodos originarios de la Standard Oil o la aserción de que Rockefeller es un galeote de la Fortuna comido de la sordidez y del remordimiento.

He leído de nuevo mi artículo a ver si contenía algo que pudiera considerarse como una apología de los procedimientos del famoso Trust, pero no encuentro más frase que ésta: *Algunos apuntaron falta entonces a tal o cual método de lucha. Ida Tarbell, entre otros, escribió un libro para probar que los orígenes de la Standard Oil no habían sido sin pecado y que el mundo de los negocios no era el paraíso de los justos.* Nadie puede por estas palabras acusarme de tomar partido en un asunto de que no me siento bastante informado para pasar juicio. Superficiales y todo como son mis conocimientos en esta materia no lo son tanto que no me dé cuenta de su complejidad y de lo difícil de juzgarla justiciariamente. Juicios formados sin oír más que la parte acusadora y sin considerar todos los antecedentes, circunstancias y resultados, me inspiran siempre recelo. Hay peligro así de ser injusto, no sólo con Rockefeller y con los demás grandes capitanes de la industria, sino con muchos otros hombres que han excedido la medida ordinaria en la política, la guerra, las letras, u otras actividades. Con un criterio simplista Bismarck resulta un bribón y Napoleón I un bandido.

Don Juan del Camino no participa, según veo, de tales inquietudes ni abriga ninguna duda de la suficiencia, la exac-

¿El pueblo? Con la conciencia de su fracaso, sabiéndose traicionado dentro y fuera de su suelo y sufriendo la miseria que la imprevisión y el egoísmo de sus gobernantes han echado sobre él. Sabiendo que al menor gesto se probarán en su carne los aviones y las ametralladoras relucientes. Temiendo—en trágica agonía—que la dilapidación y locura de sus directores oficiales puedan traer la pérdida de la personalidad nacional y que también pueda traerla la rebeldía a que la desesperación puede llevarlo.

¿Cómo pueblo de tan puras y fuertes cualidades ha llegado a esto? ¿No se abre paso ninguna luz en este cuadro negro? Trataremos de contestar estas dos graves interrogaciones en el artículo próximo. En tanto, medite toda la América española en el caso desventurado de la República Cubana.

titud, la verdad de sus informaciones. Su fallo es pues fulminante e inapelable y seguramente cuenta con el asentimiento general. Los millonarios, sobre todo los millonarios yanquis, no son entre nosotros populares, ni nada me sorprendería si alguno de los lectores de Don Juan, no contento aún de todo lo que en su artículo se dice contra Rockefeller, le dijera lo que la señora aquella que, después de oír a Jules Lemaitre llamar en una conferencia al pobre Juan Jacobo vagabundo, vicioso, ladrón, simulador, hipócrita, visionario, etc., le dijo: «Monsieur, vous n'avez pas été assez injuste».

Don Juan, sin embargo, no se ha quedado corto en eso de cargarle la mano al Solitario de Pocantico. Con decir que lo acusa hasta de haber eliminado del negocio a los hermanos Clark (cuando todos sabemos que fueron ellos quienes compraron a Rockefeller sus acciones en la sociedad original), y de haber concebido el sombrío proyecto de conducir el aceite crudo por medio de tuberías en vez de barriles. Ciertamente este modo de acarreo, que ni siquiera fué invención de John D. sino de un tal Samuel Van Syckle, causó gran disgusto a los *teamsters*, quienes llegaron en ocasiones hasta a tratar de destruir los tubos; pero culpar a la Standard Oil por haberlo impuesto es tanto como culpar a los ferrocarriles porque han destruido a las antiguas diligencias. La tubería era y es el único sistema capaz de hacer frente a la producción de los pozos y de eliminar absolutamente el desperdicio que se observaba antes. Por otra parte, los *teamsters*, como observa F. A. Talbot en su libro *The Oil Conquest of the World*, considerándose dueños de la situación, imponían tarifas opresivas por sus servicios, además de que el procedimiento

de embarrilar el aceite y transportarlo a lomo de caballo resultaba, debido a la falta de buenos caminos, no sólo muy caro sino muy despacio.

Los demás cargos de Don Juan no son menos apasionados, pero no siendo mi propósito discutirlos, me contentaré con referir a mi contendiente al Capítulo *The Triumph of Business Enterprise* de la historia *The Rise of American Civilization* por Charles A. Beard, no tanto para que se vea que no me eran desconocidas las censuras contra la Standard Oil como para justificar mi actitud con la autoridad del ilustre profesor americano. (No quiero incurrir más en el pecado de citar artículos de revistas que se dejan olvidadas los domingos en los bancos de los parques).

En ese capítulo encontrará don Juan todas sus censuras, digo mal, casi todas, y algunas más que a él se le pasaron por alto de milagro, pero encontrará también el criterio sereno de un juez que juzga con absoluto conocimiento de causa y sin dejarse llevar de animosidades interesadas ni de declamaciones retóricas. Dar la versión entera de esas páginas me tomaría bastante tiempo a mí y mucho espacio al *Repertorio*. Traduciré, sin embargo, para beneficio de los que no puedan leerlo en el original lo que Beard tiene que decir sobre el crítico, o mejor dicho, la crítica más vehemente del Trust aceitero: «A causa de la inquina que respira su notable relato de la Standard Oil, Ida Tarbell es en parte responsable por el concepto desfigurado (*distorted view*) que la opinión popular se ha hecho sobre la historia de esa compañía. El relato es un drama con héroes y villanos en lugar del frío y desinteresado sumario de un observador imparcial. En el primer capítulo nos traza un cuadro de ciudadanos bravos y aventureros desarrollando los recursos del distrito petrolífero, construyendo casas para ellos y sus familias, estableciendo escuelas y hospitales y fundando comunidades prósperas y felices. El villano aparece entonces en escena furtivamente y al amparo

de la sombra a traer la ruina y la desolación.»

«Pero al describirnos la contienda entre los héroes del petróleo rectos y temerosos de Dios y el villano malvado, Miss Tarbell pinta incidentalmente a los primeros descuidados en sus métodos, desperdiciadores en sus operaciones, desdeñosos de ganancias moderadas que habrían satisfecho a otros hombres de negocios; ella nos los muestra dispuestos casi siempre a entrar en arreglos con el grupo de la Standard en daño del público, y se puede ver que si fracasaron no fué porque su sistema moral fuera diferente sino por su incapacidad de mantener sus compromisos debido a las traicioneras defeciones en sus propias filas. Una y otra vez trataron de sostener los precios del aceite crudo disminuyendo la extracción, y a fin de intimidar a los independientes que insistían en seguir perforando y bombeando en tiempos de *overproduction* y precios bajos, recurrieron a prácticas tan reprensibles como las empleadas por el villano del drama.»

«En resumidas cuentas, el no haber podido los productores competir con los intereses de Rockefeller no se debió a falta de gana sino a incapacidad, a la imposibilidad de refrenar los instintos de ganancia de aquéllos y de mantener una combinación de productores fuerte semejante a la de los refinadores. Uno de éstos después de batallar por años en su favor acabó por llamarlos una chusma cobarde y desorganizada. Algunos de sus *leaders* indudablemente asumieron heroicas proporciones, pero es legítimo preguntarse: ¿el público, los políticos, los consumidores, hubieran sido más afortunados en las manos de una combinación de productores compuesta de los héroes de Miss Tarbell, que bajo el predominio imperial de la Standard Oil?»

Es tal conflicto de intereses más bien que ningún propósito de justicia o de sanción el que aparece en el fondo de la serie de investigaciones, demandas, entredichos y persecuciones contra la

Standard Oil Company. ¿Quiere esto decir que todos los cargos contra ella fueran infundados? Ciertamente que no, pero sí que quien desee ser justo debe reducir algunos a sus verdaderas proporciones, quitándoles todo lo que había en ellos de exageración, odio, propaganda, y desechar otros por falta de pruebas, pues como dice Beard «it was one thing to assume, another thing to prove, and a nice problem of ethics any way to render a just judgment in a baronial epoch when physical force was a normal part of high business procedure.» «Baronial epoch» ¡qué felizmente definen estas dos palabras los orígenes de la industria petrolera, la naturaleza agresiva, casi feudal, de los individuos interesados en su desarrollo, las violentas resistencias y las enormes dificultades que hubo de vencer para organizarla y ponerla al servicio del mundo! De un lado a otro se usaron armas y tácticas reprobables. ¿Quién lo duda? Un moralista de gabinete, de esos que consideran los fenómenos sociales *in vacuum*, esto es, en abstracto, sin tomar en cuenta las razones del ambiente, del momento histórico y de los resultados últimos, hallaría bastante tela que cortar. Pensemos, sin embargo, que apenas si habría movimiento de alguna importancia en la historia que resistiera un análisis de esta suerte. Aun las más benéficas instituciones, ni siquiera la Iglesia Católica, escaparían de acerbos críticos. ¿Qué resulta la Revolución Francesa considerada desde ese punto de vista, y qué la conquista de América?

Hay que contemplar tales cosas en bloque, en su aspecto grandioso, más bien que en sus detalles vituperables, y juzgarlas usando respecto a la condición humana el mismo criterio indulgente con que miramos las grandes fuerzas de la Naturaleza. A riesgo de que Don Juan me llame cínico, yo diría que debemos aceptarlas sin hacer demasiados pucheros de disgusto, como se acepta el Nilo o el Amazonas o demás grandes ríos que crecen con aguas menos puras que las de los arroyuelos o fuentes es-

El poeta Eguren...

(Viene de la primera página)

ta entonces se parecía a lo que nos recitaba a media voz y musitando las palabras, y sus rimas oscuras, difíciles, susurrantes, saturadas de un encantamiento misterioso, casi hierático, dejaban temblando nuestra sensibilidad habituada al énfasis heroico y el alarde romántico. Es verdad que muchas veces no penetrábamos al designio oculto del poema ni advertíamos los alcances de su estética renovadora; pero siempre sugería a nuestro espíritu, imágenes y sentimientos que habían de provocar más tarde en la generación que inició saludables reacciones.

El tiempo no ha destruido en mí esa impresión, y mi admiración por este poeta ha permanecido la misma a través de Simbólicas, La Canción de las Figuras, Sombras y estas graciosas y aladas Rondinelas con que hoy enriquece la colección que da a la estampa⁽¹⁾.

Personal, con una manera propia de evocar las imágenes y de decir las cosas, Eguren es original dentro de la tendencia en que sitúa su arte, porque su simbolismo dista mucho de ser el simbolismo decadente de Mallarmé, Verlaine y Rimbaud. En éstos la imagen y la resonancia musical del verso tienden a sugerir cierto estado de ánimo con auxilio de una interpretación personal del símbolo y del ritmo. Eguren organiza un mundo con sus figuras, las dota de un ambiente propio y las mueve

dentro de una lógica exclusivamente suya, para arrastrar al lector hasta ese mundo y hacerle en él la revelación de sus quimeras que son toda su alma y toda su vida. Las figuras—La Dama I, la Reina Fantasia, los Reyes Rojos, Pedro de Acero, Shyna la Blanca, la Tarda, el Duque Nuez, Clavo de Olor, Juan Volatín son ya clásicas—piensan y sienten una realidad aparte, transfiguran las cosas y hacen el milagro de conducirnos a un reino desconocido, a nuestro gusto, lejos de la pesada prosa cotidiana. A veces un vaho de tragedia circula entre las figuras. Es el terror infantil del Cuarto Cerrado, la muerte que ronda en la Marcha fúnebre de una Marionette, la Tarda, y la Muerta de Marfil o la sangre que lloran en los caminos el curvo peregrino y los Reyes Rojos.

Lo que en el fondo caracteriza a Eguren es este anhelo de evasión, de eludir su propia realidad y su propia experiencia, para crearse un mundo. Y en este sentido es romántico. Sólo que el siglo XIX lo buscó en la Edad Media, en Grecia o en Oriente, y este poeta lo forja el mismo para darse el placer de vivirlo y hacerlo vivir a otros, como él descontentos e insatisfechos.

En Poesías, ha reunido el poeta amigo, versos viejos y consagrados con las composiciones inéditas de los últimos años. El libro no agregará nada a su reputación, hoy definitiva; pero se dejaba esperar, porque era ya tiempo de que nos diera la edición integral de su obra.

Alberto Ureta

(Nueva Revista Peruana, Lima,

(1) Poesías, por J. M. Eguren. Biblioteca AMAUTA, Lima, 1929

condidas, pero que llevan la vida a áreas inmensas de donde sacan sustento millones de hombres.

Nada resiento yo tanto como cuando oigo aquí a personas mal informadas que no quieren ver en la epopeya de los conquistadores españoles en América otra cosa que una orgía de codicias, envidias, crueldades y crímenes. y nada mueve más mi gratitud que el empeño de un Lumis, por ejemplo, de revelar a los sajones, dominados a veces por prejuicios de raza y religión, la grandeza de la obra realizada por los Corteses, Pizarros y Pedrarias. La historia de esos hombres no está dicha toda cuando se ha hecho un recuento de sus faltas. Tampoco la de los capitanes de la industria americana.

Antes de emitir juicios tan definitivos y recriminatorios como los de Don Juan del Camino, tratemos de ver las cosas a la luz de un criterio desapasionado. Puede que así nos formemos una idea quizás menos injusta de dramas económicos en que, como observa el historiador de la Civilización Americana, «mentiras, vulgaridad y una fiera pasión de lucro se unen a una inteligencia capaz de construir inmensas agencias para el servicio del público, y a un espíritu filantrópico que derrama dinero en planes caritativos, religiosos, educacionales y artísticos».

Para concluir, repito lo dicho al principio: en éste y en mi anterior artículo mi propósito es dar los motivos por qué disiento del concepto que a Don Juan le merece la munificencia yanqui. No se interpreten, sin embargo, las presentes consideraciones sobre los métodos con que Rockefeller hizo sus millones como una digresión inútil digna de un munícipe colombiano; ellas eran indispensables a mi objeto de desvirtuar la premisa en que funda Don Juan su aseveración de que la filantropía del magnate de Pocantico Hills es apenas la expiación de sus crímenes y de una vida dominada por el ansia insaciable de riquezas. Ni ahora ni antes quise dar juicio definitivo sobre los procedimientos de este Trust de petróleo que ha sobrevivido y consolidado su poderío a través de tan diversas experiencias. Tampoco es propiamente con ánimo polémico que aquí llamo la atención de mi contrincante a las páginas de Beard, sino porque creo sinceramente, por lo que he leído de Don Juan del Camino, que es el suyo un espíritu cultivado y curioso que aceptará de buen grado toda suerte de referencias e informes, ya sean en pro o en contra de sus opiniones. Si no estuviera seguro de que hay en su naturaleza algo más que pasión, no perdería el tiempo en ello.

Mario Sancho

Boston, 25 de febrero de 1930.

Poesías de José M. Eguren

= De la obra *Poesías*. Biblioteca AMAUTA. Lima, 1929 =

La Tarda

Despunta por la rambla amarillenta,
donde el puma se acobarda;
viene de lágrimas exenta
la Tarda.

Ella, del esqueleto madre,
el puente baja, inescuchada;
y antes que el rondín ladre
a la alborada,
lanza ronca carcajada.

Y con sus epitalamios rojos,
con sus vacíos ojos
y su extraña belleza
pasa sin ver, por la senda bravía,
sin ver que hoy me muero de tristeza
y de monotonía.

Va a la ciudad que duerme parda,
por la yerta avenida,
y sin ver el dolor distraída,
la Tarda.

Noche I

Es la noche de amargura;
qué callada, qué dormida!
la ciudad de la locura;
la ciudad de los fanales
clamorosos, de las vías funerales,
la mansión de las señales.
En mi estancia denegrida,
mustia, ronca, pavorida,
donde duermen los estantes;

ciegos libros ignorantes,
de la muerte con la esencia están los vasos
y ora vienen, ora riman,
ora lentos se aproximan
unos pasos, unos pasos.
¡Triste noche!; baja bruma
de arrecida sensación el alma llena:
es la hora que me abruma
con el vivo despertar de mi honda pena
soñ las doce, la inserena.
Luna llora; viene aquí la muerte mía,
a la estancia de los tristes cielos rasos;
¡cómo llegan con letal melancolía!,
¡ay, sus pasos! ¡ay, sus pasos!
Fué de luz tu madrugada,
fué dichosa; recorriste,
por la senda coloreada
todo un sueño en esta vida que es tan triste,
todo un sueño en esta vida inconsolada.
Infantil y reidora,
noche nunca presintiera,
en el sueño tu alma aurora;
¡fué tu senda encantadora!
¡tu balada tempranera!
y hoy en noche aridecida siento gasos
¡ay, tus pasos! ¡ay, tus pasos!
Y después la puna helada
te vió enferma nacarada;
y tus risas matinales
se volvieron tristes notas musicales;
y de Schumann vibraciones,
de Chopin tribulaciones
diste al piano, con azules lloros lasos,
como suenan las canciones

de tus pasos, de tus pasos.
Y en tu pálida agonía,
me dijiste que vendría
tu alma a ver la mi esperanza que fenece
en la muda librería
donde Sirio se obscurece;
tu alma a ver mi desventura,
mi ventana, la ciudad de la locura;
y en la noche quemadora de la mente,
sólo llegan, tristemente,
ay, tus pasos! ¡ay, tus pasos!

La ronda de espadas

Por las avenidas,
de miedo cercadas,
brilla en noche de azules oscuros,
la ronda de espadas.

Duermen los postigos,
las viejas aldabas;
y se escuchan borrosas de canes
las músicas bravas.

Ya los extramuros
y las arruinadas
callejuelas, vibrante ha pasado
la ronda de espadas.

Y en los cafetines
que el humo amortaja,
al sentirla el tahir de la noche,
cierra la baraja.

Por las avenidas
morunas, talladas,
viene lenta, sonora, creciente
la ronda de espadas.

Tras las celosías,
esperan las damas
paladines que traigan de amores
las puntas de llamas.

Bajo los balcones
do están encantadas,
se detiene con súbito ruido,
la ronda de espadas.

Tristísima noche
de nubes extrañas:
¡ay; de acero las hojas lucientes
se tornan guadañas!

¡Tristísima noche
de las encantadas!

La Pensativa

En los jardines otoñales,
bajo palmeras virginales,
miré pasar, muda y esquiva
la Pensativa.

La ví en azul de la mañana,
con su mirada tan lejana;
que en el misterio se perdía,
de la borrosa celestía.

La ví en rosados barandales
donde lucía sus briaes;
y su faz bella vespertina
era un pesar en la neblina...

Luego marchaba silenciosa
a la penumbra candorosa;
y un triste orgullo la encendía
¿qué pensaría?

Oh, su semblante nacarado
con la inocencia y el pecado!

oh, sus miradas peregrinas
de las llanuras mortecinas!

Era beldad hechizadora;
era el dolor que nunca llora;
¿sin la virtud y la ironía
qué sentiría?

En la serena madrugada,
la ví volver apesurada,
rumbo al poniente, muda, esquivo
¡la Pensativa!

El andarín de la noche

El oscuro andarín de la noche,
detiene el paso junto a la torre,
y al centinela
le anuncia roja, cercana guerra.

Le dice al viejo de la cabaña
que hay batidores en la sabana;
sordas linternas
en los juncales y obscuras sendas.

A las ciudades capitolinas
va el pregonero de la desdicha;
y, en la tiniebla
del extramuro, tardo se aleja.

En la batalla cayó la torre;
siguieron ruinas, desolaciones;
canes sombríos
buscan los muertos en los caminos.

Suenan los bombos y las trompetas
y las picotas y las cadenas;
y nadie ha visto, por el confín;
nadie recuerda
al andarín.

Viñeta oscura

El capitán difunto,
en la noche ha venido a nuestra nave;
en la pasarela inclinado
de la proa vetusta
el mismo es!

El rojo timonel antaño
lo vió una vez cuando encalló la Andana
en la tarde melancólica.

Siempre llega la víspera nefasta,
siempre enlutado
de su muerte.

El timonel añoso nunca olvida
sus ojos blancos
como las algas yertas.

En el Santelmo triste,
ha visto anoche,
cerca al timón, morada,
su silueta angulosa
¡el mismo es!

Vespertina

Crepuscular mariposa
galana, maravillosa,
topacio de las aldeas,
la diva de los pinares
y las alteas.

Leve figura
que en aire lento gravita,
bella de la selva oscura,
animita.

De las penumbras arcana
tu sino
viene de rosa lejana,
viene del monte benguino.

Animosa
dejas el bambú inerte;
saber jugar con la muerte,
mariposa.

En el llamo
tu vuelo sigues tirano;
ángel mínimo del viento,
que luce
y muere en un pensamiento.

La noche azul culmina
el monte;
ya en el lejano horizonte
llora la tarde ambarina,
y los
campos te dicen adiós...
peregrina.

(Selección de Magda Portal.)

TESTIMONIOS

Un inmenso poder moral pondría a mi disposición una elección hecha como se presenta hasta aquí, por un movimiento espontáneo de la opinión. Es preciso conservar ese carácter y como yo no quiero gobernar, sino para gobernar y hacer efectivos los pensamientos que en treinta años he emitido, necesito ser llevado al poder por una fuerte opinión, para poner la mano en donde duele. Ya los culones de Buenos Aires sienten donde les aprieta el zapato. Los mazorqueros, los bárbaros, los ladrones, me comprenden.

Por mi parte, y esto para ti sólo, te diré que si me dejan, le haré a la historia americana un hijo. Treinta años de estudio, viajes, experiencias y el espectáculo de otras naciones que aquella de aldeas, me han enseñado mucho.—Sarmiento.

(Fragmento de carta a Don José Posse. Nueva York. Stbr. 20 de 1867.)

Démosle la mano a Chapaco, ya que hemos consentido en envilecernos hasta ese grado. La fuerza bruta nos impone porque la parte ilustrada es débil. Eduquemos al pueblo, pues, para librarnos de estas humillaciones; pero no provoquemos a quien no sabemos resistir, con pretensiones ridículas, después de habernos mostrado débiles...—Sarmiento.

Concedía (Platón) una importancia tan grande a la Geometría, y creíala tan necesaria para un filósofo, que hizo colocar esta inscripción sobre el vestibulo de la Academia: Que nadie entre aquí si no está instruido en la Geometría.—Fenelón.

Un periódico es pues, todo, el Gobierno, la administración, el pueblo, el comercio, la Junta, el bloqueo, la Patria, la ciencia, la Europa, el Asia, el mundo entero, todo. Un periódico es el hombre, el ciudadano, la civilización, el cielo, la tierra, lo presente, lo pasado, los crímenes, las grandes acciones, la buena o mala administración, las necesidades del individuo, la misión del Gobierno, la historia de todos los tiempos, el siglo presente, la humanidad en general, la medida de la civilización de un pueblo.—Sarmiento.

(Del programa del Zonda. 1839.)

«Me causaría asombro—dice un día Sócrates—que el guardián de un rebaño que degollase a una parte de él e hiciese enflaquecer a la otra, no quisiera confesarse mal pastor; pero sería más extraño todavía que

un hombre que, hallándose a la cabeza de sus conciudadanos, destruyese a una parte de ellos y corrompiera al resto, no se avergonzase de su conducta y no se confesara mal magistrado.»—Jenofonte.

(Dichos Memorables de Sócrates).

Vayamos a un gigantesco partido nacional que por lo pronto se proponga sólo nacionalizar definitivamente el Estado español. lo cual, dicho con menos tecnicismo, equivale a esto: que se proponga instaurar la plena decencia en la vida pública española. Y la decencia en la vida pública no consiste en otra cosa que en imponer a todos los españoles la voluntad de convivir unos con otros, sean quienes sean unos y otros; que por encima y por debajo de todas las luchas propias a la natural disensión humana triunfe la resolución de nacional convivencia, por tanto, de respetar la vida pública del enemigo, de no escatimarle, ni discutirle, ni sofisticarle sus derechos de español, sea él quien fuere: el fraile al ateo y el ateo al fraile, el militar al civil y el civil al militar, el patrono al obrero y el obrero al patrono.

Esa decencia, ni más ni menos que esa decencia o resolución de convivir radicalmente con el prójimo compatriota, aun dentro de la más enconada lucha, es el único secreto de que emanan la ejemplaridad y fecundidad de la historia inglesa en los dos últimos siglos. Pero mientras el obispo o el militar aspiran en el fondo de su alma no sólo a vencerme, deseo respetable, sino a suprimirme de la vida pública, o yo aspire a lo mismo con respecto a ellos, nuestra existencia nacional ni será decente ni será nacional.—José Ortega y Gasset.

(El Sol. Madrid.)

INDICE

Legenda aut adquirenda



J. M. Eguren: Poesías.....	4-00
R. W. Emerson: Diez ensayos.....	4-25
R. W. Emerson: Doce ensayos.....	4-25
David Katz: El mundo de las sensaciones táctiles (Con once láminas).....	8-50
Martín Luis Guzmán: La Sombra del caudillo. Novela.....	3-50
R. W. Emerson: Vida y discursos. 2 vols.....	9-50
Paul Bourget: El demonio de mediotía. Novela. 2 vols.....	7-00
Knut Hamsun: La última alegría. Novela.....	3-25
Knut Hamsun: Hambre. Novela.....	3-25
R. Novoa Santos: Diabetes espuria y diabetes genuina (Con 50 figuras).....	3-50
Luis de Zulueta: La edad heroica.....	2-25
C. Guillén de Rezzano: Los centros de interés en la escuela.....	3-00
Oscar Hertwig: Génesis de los organismos. 2 vols. rústica.....	17-00
Pedro Kropotkin: Ética. Origen y evolución de la moral.....	5-00
Benito Lynch: Las mal calladas. Novela.....	4-00
Bernard Shaw: La casa de las penas. (Comedias).....	5-00
Ovidio: Las metamorfosis. 2 vols. pasta.....	8-00
Lucrecio: De la naturaleza de las cosas. 1 vol. pasta.....	4-00
Montaigne: Páginas escogidas. 1 vol. pasta.....	2-50
Arturo Capdevila: Zincali. Poema dramático del misterio gitano.....	4-00

Libros de la Naturaleza:

Curiosos pobladores del mar.....	2-00
El mundo alado.....	2-00
Los animales extinguidos.....	2-00
Los animales salvajes.....	2-00
Mamíferos marinos.....	2-00
Los animales familiares.....	2-00
El mundo de los insectos.....	2-00
Peces de mar y de agua dulce.....	2-00

Dirijase al Adr. del Rep. Am.

Fué un hombre recatado, sobrio. Esas cualidades nos imponen, al hablar de él, sobriedad y recato. No usemos frases que hubiera juzgado excesivas, fuera de lugar, como un fuerte apretón de manos en medio de una solemne recepción diplomática.

Más que el panegírico exaltado, conviene a su memoria el ensayo breve que, sin profundizar, resbala sobre las facetas de una obra, sobre los instantes de una vida.

Ni biografía ni anécdotas, aunque sea una voz de sirena la que haga la invitación al viaje por un atractivo derrotero, entre este punto de partida y el punto final que es, más bien un guión, una estela fúnebre en el cementerio de la Almudena.

Poeta sensual—en la acepción recta, y también en la torcida del vocablo—Rebolledo esculpe y modela por el placer artístico de escribir lo que, cercano o distante, causa un placer a la vista y al tacto. El placer terminaría alcanzando el objeto, para el mortal común, que se conforma fácilmente con la satisfacción inmediata. El artista se abstiene de esa satisfacción, sin renunciar por completo a ella como el santo. Sólo la retarda o transforma, por refinamiento. Así oscila entre la posesión y el renunciamento, lo mismo de mujeres que de cosas bellas.

Por eso, al hablar de recato en este poema, no debe entenderse que se trata de un escritor tímido que poda sus frases. Su recato era espiritual, individual. Un recato que le impedía, con barreras infranqueables, decir a una mujer o confiar a un amigo, aun en tono de confidencia, aquello que expresaba en imágenes libremente.

¿Podremos comprender esa aparente contradicción que ofrece un escritor que al mismo tiempo se muestra imperturbable, frío en su trato, y apasionado, vehemente, en su obra?

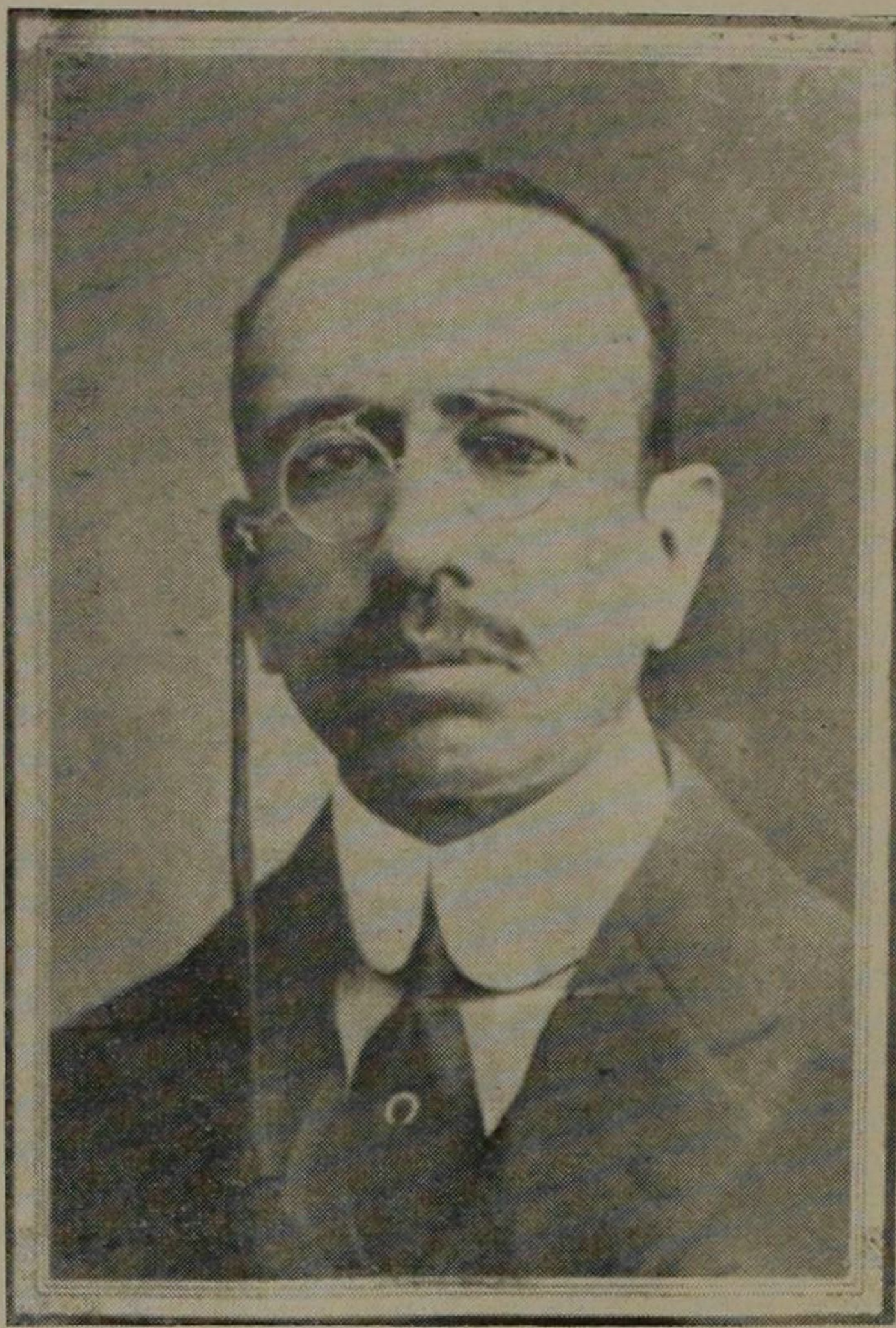
Pensemos que es un hombre que al mismo tiempo se nos muestra en la intimidad y cava, con su actitud, un foso ante su puerta; pero la contradicción sólo es aparente, porque él sabe dónde está el límite entre la fantasía, que le pertenece como reino propio, y la realidad, que es de todos.

Efrén Rebolledo, como literato, presenta tres aspectos principales, que la mirada del lector abarca en conjunto; pero la crítica destaca, como faceta principal, su obra de poeta.

Obra parca, depurada, la suya.

Efrén Rebolledo

=De Revista de Revistas México. D. F.=



Efrén Rebolledo

Ha muerto en Madrid, a los cincuenta y dos años de edad, Efrén Rebolledo, el poeta mejicano. Formaba parte de la Misión diplomática acreditada en la corte, y era el consejero de la Legación, cuyo jefe es Enrique González Martínez, el gran lírico, y en que figura además, como secretario, Jaime Torres Bodet, uno de los más seguros valores nuevos en las letras americanas. La tradición que unia a la representación diplomática de Méjico en Madrid un alto prestigio literario—Riva Palacio, Peza, Sierra, Icaza, Nervo, Urbina, entre otros—mantiénese hoy con tanta brillantez como en otros días.

Efrén Rebolledo llevaba próximamente un año de estar entre nosotros. Apenas había frecuentado la vida literaria, por motivos de salud, muy quebrantada en estos meses últimos. Uno de sus libros impreso con tipos españoles, fué su verdadero, su único acto de presencia. No era sino reimpresión parcial de un volumen que contenía una selección de sus rimas: *Joyelero*. A la bibliografía de este poeta, tan curiosa, le faltaba el tomo español. Además de los publicados en Méjico, la lista de los suyos registra un tomo de *Rimas japonesas*, impreso en Tokio, «en las oficinas del Shimbi Shoin», el año 1907; se hizo una sola tirada de trescientos ejemplares en papel crespón con ilustraciones de Shunjo Kihara; otros tomos se imprimieron en Cristianía el año 1922: *Saga de Sigrída la Blonda*, narración en prosa, y *Joyelero*.

El último contiene las poesías completas de Rebolledo. El título, conservado en la edición selecta de Madrid, modifica el que primitivamente sirvió al poeta cuando, después de varios tomos impresos en Guatemala, reunió el año 1907, en una edición de París, sus poesías juveniles. Joyeles les llamaba entonces.

Basta el título, muy de la época, para que un lector de poesía sitúe inmediatamente la de Efrén Rebolledo en el panorama de la lírica moderna. Era el momento de las estrofas pulidas, de los versos trabajados, de los vocablos ricos, de las evocaciones exóticas. La vida viajera del poeta—

(Pasa a la página 224)

En una época en que los libros de verso eran voluminosos, Rebolledo se complace en reducir el volumen y aun el formato—*Libro de Loco Amor*—, como si quisiera confirmar, con hechos, la sentencia: «Lo bueno, si breve, dos veces bueno».

Su refinamiento—al hablar de él Taboada nombra al personaje de Huysmans: Des Esseints—, no se limita a la calidad del estilo por él pulido y trabajado, según las recomendaciones de Gautier. Va más allá y gusta de las ediciones cuidadas, tipográficamente, como *Rimas Japonesas* y *Caro Victrix*, libros en que el bibliógrafo encuentra el estuche digno de la joya.

Hay que omitir, según sus deseos, la obra primeriza, ya que en los últimos años el poeta había olvidado los libros que publicó en Guatemala, a principios del siglo y que refundió más tarde. Una antología dispuesta por él en Madrid—*Joyelero*—, nos llegó casi al mismo tiempo que la noticia de su muerte.

A través de esa obra poética, Rebolledo no se desvía del camino que se trazó en sus comienzos. A riesgo de aparecer como un retrasado—él, que había salido a luchar con los de las avanzadas—se mantuvo fiel a su estética, que coincide con la del grupo de los parnasianos, salvo en un punto: su erotismo, que ha señalado Villaurrutia en reciente nota certera, como la tónica que lo salvó, destacándolo de un grupo de escritores que aun se dejan seducir por la apariencia fría de las cosas, sin añadir a las rimas pasión.

En la prosa de Rebolledo, más que en sus versos, quedó la huella de sus peregrinaciones: en *Hojas de Bambú*, el Japón; en la *Saga de Sigrída la Blonda*—su novela mejor lograda—, la tierra de Ibsen, donde el escritor a quien honramos encontró su compañera.

El ambiente de México, del México de hace quince años, quedó pintado por él, en su aspecto más favorable, en *Salamandra*.

El teatro le atrajo una sola vez y entonces trazó la tragedia de la vieja raza en *El Águila que cae*.

Su bibliografía comprende, además, crónicas, cuentos, novelas cortas...

El tercer aspecto que la obra de Rebolledo ofrece, es el de traductor: labor ingrata que él ennobleció, porque no la hizo como trabajo forzado; sino poniendo en ella amor y preocupaciones de estilo que los traductores suelen desdeñar.

Fué el primero que vertió al castellano el libro *Intentions*,

(Pasa a la página 224)

Hablando de Hispanoamérica en las calles de París

EL maestro del ensayo, Sanín Cano, discípulo de Taine, trazó sobre su compatriota un severo elogio que no es dable eludir cuando se quiere hablar del cantor del Ilimani. Así pues, reproducimos un fragmento dentro del cual está engastado el amable medallón del bardo de Nueva Granada:

«Max Grillo es primeramente y hasta el fondo de su alma un poeta de la naturaleza. Ha sido periodista, legislador, hombre de negocios, diplomático, y, admírese el lector poco enterado de la vida colombiana de hace medio siglo, este poeta fundamental ha hecho campañas y formado parte de un Estado mayor general. Ha tenido ocasión de observar la vida en todas sus facetas. Ha contemplado la muerte de cerca, la muerte gloriosa y subitánea, bajo el sol de los trópicos, en una atmósfera azul y diáfana donde se disolvía el espíritu de los moribundos como los versos impares, según el dicho de Verlaine. Ha observado la vida completa y hormigueante de las selvas andinas y de los hondos valles y ha penetrado en el fermento malsano de los conciliábulos parlamentarios. Ha estudiado la abnegación de la muerte en los campos de batalla y las sordideces indescriptibles de la vida en las combinaciones políticas. De todo esto hay testimonio en sus obras». ⁽¹⁾

Es pintor. Es artista. Su pupila vigilante está siempre atenta al espectáculo del mundo. A la música de las esferas. Al goce místico de admirar, esa complacencia que viste de gala al espíritu. Prodigio de sensibilidad, sorpresa ingenua, como si las cosas y los matices fueran distintos cada día... Quizá allí se halla el secreto de la eterna Juventud que fluye de su verso y de su limpia prosa. Prosa con estructura de escritor, no de periodista. Hay un viandante alucinado que duerme, que se agita en su corazón alerta a toda hora...

Un día, allá en su Colombia azul y libérrima, sintió que de las más ocultas fibras del alma le brotaba este grito de partida: ¡Anda! Y, obediente a la dulce voz que gobierna las ternuras y las ansias, vistió su ropaje de peregrino, —de los que alguien prendió, seguramente, una rosa de amor,—y se marchó por los más ignorados caminos del mundo áspero... ¡Anda!

...Después del bello periplo, el viajero detuvo su barca a la vera del Sena en cuya playa levantó la tienda. Aquí, en su torre de Montmartre, le vimos de cerca una y varias veces, aunque de le-

con el colombiano Max Grillo, el "poeta de la naturaleza"

A Eduardo Santos



Max Grillo

Palabras de oro

Salamanca, 24 [II]30.

No más que cuatro letras, y desde mi Salamanca, mi querido Max Grillo, para agradecerle cordialmente su saludo a mi repatriación, que es liberación y significa liberación de mi España.

Usted, mi noble amigo, y yo somos ante todo y sobre todo liberales. El liberalismo es el universal concreto de toda política histórica, es lo más comprensivo y a la vez más expansivo. Es la fórmula suprema del alma del hombre.

Esperemos que nos volveremos a ver—ahí en Francia?—aquí en España?—Acaso en Colombia—y reanudemos aquellas inolvidables horas de San Juan de Luz (Donibarrre Loizia en vasco) en que soñábamos realidades—que es realizar ensueños—de nuestra España y de nuestra América hispana y colombiana.

Un abrazo de

Miguel de Unamuno

jos se le puede atisbar siempre, a través del tallado cristal de sus crónicas. Accediendo al deseo de una revista prócer ⁽¹⁾ que le solicitó su «perfil autográfico», insinuó esta suerte de confesión?

«...Debo complacerlo por más que se trate de una vida oscura y desencantada de ella misma. Nací en un peñasco de Colombia, de cuyo nombre no quiero acordarme, porque ni siquiera es sonoro. Dicen que sus entrañas son áureas. Al

pie corre el Cauca, el río de los nenúfares. Vine al mundo en un 28 de agosto, ciento diez y nueve años después de Goethe. ¡Día terrible! Todas las estrellas me fueron adversas. No quisieron repetir el prodigio. Y he tenido que contentarme con bien poco: dolor de la sensibilidad y amargura de la inquietud. He sido... no recuerdo cuántas cosas y, en definitiva, nada. Escribí en prosa un libro doloroso, *Los Ignorados* ⁽¹⁾, emociones de una guerra civil. En París apareció otro, en verso, *En Espiral* ⁽²⁾. El que los lea verá en su fondo la imagen de mí espíritu, reflejada en un ilusorio paisaje, a manera de la sombra de un árbol en oscuro remanso. Dicen críticos amigos míos que vivo en perpetuo estado de asombro ante las almas y las cosas bellas. En realidad en mí la belleza produce una embriaguez, como si bebiera esencia cósmica».

El gran esteta vive retirado, casi inaccesible en el universo de su soledad. Su mirador se yergue en el tercero o cuarto piso de un sencillo y claro hotel de Montparnasse. El poeta—que tuvo por cuna las faldas de una montaña, «cuya solitaria majestad cierra el horizonte en decenas de leguas—», se ha dejado seducir por la donosa sonrisa de Lutecia. Escogió el barrio de la alegría sana e hizo perfectamente bien. Más de uno le envidiamos—ciertamente—, su lindo rincón aromado de leyenda sutil, entre pinceles, esculturas y sonetos. ¡Pero qué nostalgia de la magna luminaria de su cordillera en esta agua muerta de su adoptivo cielo de París!

...Una tarde en Montparnasse con Max Grillo. Nada de plática almidonada. Mucho menos una interviú. Vagar por esas calles de Dios. Sin brújula y sin reloj. Detenerse a tomar un mal café en cualquier parte. Conversar de todo y no escribir de ninguna cosa.

...Siempre nos ha aguijado la curiosidad de saber por qué algunos cerebros dinámicos se destierran voluntariamente—por períodos largos, acaso definitivos—de sus respectivos lares. Algún día de estos le formularemos la pregunta a los García Calderón, a Gabriela Mistral... A nuestro lado marcha hoy el autor de *Emociones de la Guerra*, y la interrogación casi sale sola de nuestros labios; y, rá-

⁽¹⁾ Fragmento del prólogo del libro del Dr. Grillo, intitulado: *Ensayos y Comentarios* (Editions Le Livre Libre, Paris, II, Avenida de la Opera).

⁽¹⁾ *Archipiélago*, de Santiago de Cuba, cuyo director es el eminente literato Max Henríquez Ureña.

⁽¹⁾ Es la obra (editada por la Antigua Casa de Ollendorff, de París, desgraciadamente agotada) en donde el autor está de cuerpo entero y que ha merecido elogios muy acertados de parte de sus juzgadores, entre éstos, Unamuno.

⁽²⁾ También agotado.

pida, espontánea es también la respuesta:

«El por qué de grandes y pequeñas razones de que no viva yo en mi tierra es bastante complicado. Hay motivos de orden psicológico y motivos de orden material para que yo viva lejos de mi tierra nativa. Quizá por lo mucho que la amo; porque las cosas idealmente amadas son más hermosas contempladas al través de la distancia; quizá porque tema encontrarme en presencia de la realidad, viva yo lejos de Colombia. Usted que hace tiempo viene leyendo periódicos colombianos, se habrá dado cuenta de que mis compatriotas son excesivamente pesimistas. Así como en la Edad Media se decía en Europa que el aire hacía siervos, en mi país parece poseer la atmósfera algo que hace pesimistas. Cuando nos sucede algo bueno estamos en espera de que se trueque en mal, y cuando las cosas se muestran adversas nuestro temperamento se complace en hacerlas aún peores. Yo me he convertido en un predicador de optimismo. Por supuesto que tengo días en que soy tan pesimista como el que más lo sea entre mis compatriotas... Pero me pasan estas acometidas de pesimismo».

Max Grillo lee casi todos los días un capítulo de Kempis y es un sembrador de buena voluntad. ¿Pero su pensamiento es tan favorable para Iberoamérica como lo es para Colombia? ¿Y para su patria misma, no es acaso demasiado rígido en su juicio de optimismo?

Hemos llegado al bulevar. Lo cruzamos para ganar la calleja silenciosa. Le repetimos la pregunta. Indirectamente la responde y la amplifica:

«...En horas de silencio, en el profundo recogimiento de mi pobre espíritu, suelo pasar revista a nuestros países de la América hispánica. Echo una mirada sobre la América Central y lo primero que veo es a México, al pueblo de nuestro amigo Vasconcelos, presa de la discordia, entregado a devorar sus fuerzas vitales, en presencia de un enemigo siempre listo para avanzar sobre sus vecinos... Veo a Cuba, la isla prodigiosa, patria de Martí y de Enrique José Varona, en las fauces del boa constrictor. A Santo Domingo y a Nicaragua avasallados; a Costa Rica, esa verdadera perla de la raza, incrustada en los dominios del pujante dominador, en vía de perder su personalidad si se realiza el canal de Nicaragua. Y en la América del Sur, a Venezuela, entregada a un dictador, pero no de la estirpe de los fascistas, sino de los que oscuramente exterminan a su pueblo; a Colombia, «Colombia la opulenta —que parece llevar en sus entrañas— la inagotable juventud del mundo...» en concepto ya antiguo de un célebre poeta argentino; a Colombia empequeñecida dentro del régimen *sui generis* que permite al hongo clerical crecer sobre el árbol de la libertad...»

El optimismo del Dr. Grillo es pesimismo *malgré lui*; se esfuerza por ver las cosas y las almas con un lente noble, pero el panorama que se descubre ante los ojos le llena de inquietud... ¿Hacia dónde va América?

Atravesamos la avenida y la expla-

Otras declaraciones de Vasconcelos

*Sin dar el nombre de la que nos las envió, entregamos hoy a los lectores nuevas declaraciones de José Vasconcelos que confirman el **Manifiesto de Guaymas**, publicado en la entrega 4 del tomo en curso de este semanario.*

Pero es de justicia que antes se lean estos renglones, en carta de la estimada remitente:

Me permito enviar a usted las siguientes declaraciones hechas por Vasconcelos, confirmando el manifiesto expedido en Guaymas. Por noticias llegadas de México, supo el Lic. que dicho manifiesto fué conocido en muchos de los puntos de México, por el Repertorio Americano que allá circula profusamente.

Doy a usted las más cumplidas gracias por la ayuda efectiva que a México le ha prestado dando publicidad a las comunicaciones que le he remitido. La causa de Vasconcelos es la de la justicia de la América nuestra; lo que por él se haga, se hace por todos y cada uno de los países oprimidos o amenazados.

Confirmando el manifiesto expedido en Guaymas el mes de noviembre próximo pasado, después de las elecciones presidenciales, el Lic. José Vasconcelos hace las siguientes declaraciones en el mes de marzo y en vísperas de dirigirse a Centro América.

Sigue sosteniendo en todas sus partes el indicado manifiesto en que pedía al pueblo mexicano hiciera respetar su voto por las armas, ya que por la fuerza fué nulificada la voluntad popular.

Insiste también Vasconcelos en que no es posible esperar mejoría alguna de un gobierno de bribones que no hará otra cosa que seguir explotando el país y entregando sus recursos al extranjero. Llama la atención sobre el hecho de que el mismo gobierno ha confirmado las acusaciones que se le hicieron durante la campaña electoral pues se ha hecho público que a la vez que se suspenden los repartos de tierras, se organizan las grandes empresas azucareras de Calles asociado al embajador Morrow: en el Monte de Tamaulipas, en el Ingenio Presidente Calles de Morelos.

La miseria que reina en el país se seguirá agravando en beneficio de los grandes intereses. Por todas estas razones Vasconcelos repitió que estará listo para encabezar el movimiento armado del pueblo tan pronto como haya un grupo de hombres que esté en condiciones de iniciar la pelea.

Por último hace saber que se dirige hacia el Sur, no porque abandone la lucha, sino al contrario, para continuarla en territorio más propicio. Sigue con el pueblo y reitera la promesa que tiene hecha de repartir, sin indemnización las tierras de Calles, de Luis León, del General Amaro; de todos los hacendados de la Revolución. Sigue recomendando como recomendó desde los días de la campaña electoral que no se preste obediencia al llamado gobierno de Ortiz Rubio, que no se paguen contribuciones, que se decreten paros de trabajadores y que se le resista con las armas en la mano en cada caso en que el pueblo pueda armarse.

También mantiene Vasconcelos firme la promesa de establecer la libertad de enseñanza en todos los cultos; libertad que no será posible mientras el callismo siga posesionado del gobierno.

Marzo 17 de 1930, en los Angeles de California.

nada del observatorio. Nos alejamos de Montparnasse. También nos apartamos de la revista de los países del Sur... Es lástima, porque, a no dudarlo se hubiera llegado hasta el extremo septentrion. Un comentario intruso se cruza en el diálogo y la charla se desvía por otros rumbos... Se habla de prensa, de libros, se menciona gente amiga... Grillo nos relata anécdotas de sus viajes: su estada en Bolivia, en el Brasil... Luego, la conversación retorna al tema gremial: los periódicos. Le inquirimos si en Colombia existe plenamente, *de hecho*, la soberanía del llamado «cuarto poder».

—«Esta libertad —nos ilustra a su turno con voz ardorosa,—nadie podrá suprimirla sin que el brazo que la hiera caiga pronto herido a su vez. Esa libertad es ya tradicional, histórica. Cuando Bolívar pedía a Santander que suprimiese periódicos, que a ambos atacaban con acerbía, el *hombre de las leyes* contestaba: *a esas gentes se les puede quitar hasta la camisa con tal que se les deje decir lo que quieran.*

—«A pesar de las acometidas del Clero—concluye nuestro interlocutor—(de cierto clero, porque también existen curas liberales), contra la amplísima libertad de prensa que existe en Colombia, no han conseguido resultado los enemigos de esa libertad.

La caminata de Montparnasse al Barrio Latino no nos ha fatigado. Pero la tarde invernal está tan hermosa que incita a penetrar en el jardín de Luxemburgo... Una vuelta para admirar el busto de Heredia y nos sentamos en un banco cerca del bulevar de Saint-Michel. América se halla lejos, acaso no exista... Somos los dos ciudadanos del mundo. Nos ata el idioma y una misma nostalgia... Grillo no puede esconder su gran amor por la ausente, su infinito cariño por la patria... Se dijera que se ha impuesto el sacrificio de vivir lejos de ella para mejor comprenderla y definirla; no hemos podido olvidar sus palabras;

—«Colombia es un país único—dijo un ex-Presidente. Allí pasan cosas su-

blimes y cosas ridículas. Es sublime, por ejemplo, el boicoteo, durante nueve meses, de los tranvías de Bogotá, hasta que se vieron obligados sus dueños, (una compañía saxoamericana) a ceder la empresa al Municipio. Sublime llamó *The Times*, de Londres, ese boicoteo. Es sublime que la juventud universitaria, encabezada por la reina de los estudiantes, derribe un Ministerio y arroje de la Administración Municipal a autoridades concusionarias, sin que haya más que un muerto, y ese muerto sea llevado en ataúd cubierto de flores hasta el palacio presidencial, con el fin de que renuncie también el presidente, en presencia del universitario muerto. Es ridículo,—prosigue el poeta—, supremamente ridículo en el estado actual del mundo, que los presidentes conservadores requieran el *placet* del arzobispo de Bogotá. Colombia es un pueblo en donde la multitud, con una incultura única, destroza un salón de cine en donde acaba de exhibirse *El Circo*, de Charlot, y Colombia es el pueblo en donde existe el GIMNASIO MODERNO, la *escuela activa* más interesante que tiene, probablemente, la América del Sur. Colombia es un pueblo bárbaro, si usted lo juzga por la predicación de ciertos curas; y es un país de una gran cultura, si usted escucha a sus humanistas o a sus poetas. Colombia es un país de viceversas.

No hay duda alguna. El Dr. Grillo rinde justicia a su tierra sin necesidad del encomio desmesurado que hace sonreír al extranjero, y sin la acedia de los eternos amargados. Punto de vista discutible, pero no por ello menos sincero... Es la Colombia que él ve a través de la distancia, en rueda de amigos fieles, frente al lago del jardín de Luxemburgo. La República con sus virtudes, con sus errores... Balbuceamos nosotros la palabra que quema: *petróleo*... ¿Es verdad o es leyenda lo del aceite mineral?

—«Colombia es un país de petróleo... Dicen que en su subsuelo el petróleo es un mar. Pero los países de petróleo son países codiciados. El petróleo en Colombia es un bien y es un mal. Los colombianos no podemos explotar el perseguido aceite. Es necesario que lo exploten otros. Los países con petróleo son países que se incendian fácilmente. Pero la riqueza de Colombia, si grande por sus minas de carbón, sus esmeraldas, su oro, su platino y su petróleo, es y tiene que ser ante todo agrícola. Por el momento su gran producto es de café. Desgraciadamente el café no es como el trigo, un producto esencialmente necesario al mantenimiento del hombre. Es como el tabaco, aunque en menor grado, un producto del cual puede prescindir el hombre sin que perezca. La riqueza futura será, repito a usted, agrícola. El país puede producir todas las cosas que necesita para vivir: tiene hierro, carbón, petróleo, mármoles, plata. Posee campos suficientes para el cultivo del trigo, de la cebada, del arroz. Sus patatas son las mejores del mundo. Se establecerán cultivos de algodón; los rebaños de ovejas pueden dar lana suficiente para vestir a sus habi-

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

tantes... Todo lo tenemos como don de la naturaleza. El suelo presenta dificultades inmensas para la construcción de carreteras y ferrocarriles; pero esas dificultades están recompensadas por una variedad sin par de zonas de temperatura.»

Esta hermosa perspectiva de Colombia nos hace meditar en el Coloso de nuestra fauna... sin ápice de ironía, interrogamos al Dr. Grillo:—¿Y qué piensa Estados Unidos de esta riqueza?

—«Basta mirar el mapa del Continente para comprender que Colombia está expuesta tanto a la influencia benéfica como a la adversa que sobre ella quieran ejercer los Estados Unidos saxoamericanos. En ese Mediterráneo sin divino Archipiélago, controlado por la poderosa nación de los tiempos modernos, posee Colombia los puertos más interesantes. A nuestra Cartagena la llamó el presidente Polk *antemural de América*. Ante sus murallas, hoy derruidas, la soberbia inglesa salió mal librada en días memorables de la época colonial. Cartagena será siempre nuestra, a menos que Colombia entera perezca... La influencia de Norte América es inevitable. Pero si Colombia tiene gobernantes dignos, de patriotismo sereno y firme, salvará su independencia».

La plática se encamina bien, aunque sobre tema escabroso. Nosotros ya dejamos el jardín de Luxemburgo y nos hemos internado en pleno QUARTIER LATIN. Como es bien sabido, Colombia está ahora en el período álgido de su campaña electoral. En algunas naciones hispanoamericanas (¿para qué citarlas si todos sabemos cuáles son?), la Casa Blanca interviene en forma solapada, cuando no directamente, en la contienda cívica. En lo que respecta a la patria de Jorge Isaacs, solicitamos la opinión al Dr. Grillo. ¿Cuántas Repúblicas de nuestro Continente pueden responder con la claridad y precisión de Colombia?...

—«Ignoro si los Estados Unidos se interesan por la lucha de candidatos para presidente de Colombia. Estoy seguro de que ninguno de los que aspiran a suceder al actual Mandatario, señor Abadía, ha pensado en si será o no grato en Washington. Tenga usted la plena certeza de que el hombre que se atreviera, después de lo de Panamá, a dar un paso en falso en materia de mantener la dignidad del país, sería *linchado*». (¿Qué lindo suena esta pala-

bra extranjera en boca del purista compatriota de Cuervo!)

Se parla luego de los partidos extremos, de Moscú... ¿Es cierto que el comunismo toma auge en Colombia? Nuestro bondadoso e ilustre colega nos explica que «el comunismo encuentra terreno apropiado en países de grandes latifundios, de masas ignorantes y de fanatismo religioso. Pero el pueblo colombiano podría calmarse con unas cuantas medidas de justicia social».

La hora del aperitivo nocturno ha llegado y es un pretexto para sentarse en el café de la plaza de la Sorbona, no lejos de la estatua de Augusto Comte. Es casi una irreverencia estar en el propio bar frecuentado antaño por Verlaine, y no recordar siquiera a algún bardo de los nuestros... a Silva, verbi *gratia*... Se lo decimos a Grillo al instante de pensarlo, y él nos contesta sonriendo:

—«Ah!, pasa usted de la zona de fuego de la política a la región en donde media la poesía! Usted sabe, si me ha hecho el honor de leerme, que para mí es Rafael Pombo ⁽¹⁾ el mayor poeta de Colombia y uno de los mayores de toda la lírica castellana».

Ya para despedirnos, cada uno para regresar a su punto de partida, le hablamos—como en confidencia—, de nuestro proyecto, del futuro... El padre de un niño de tierna edad siempre tiene sueños inconmensurables... El maestro nos observa con benevolencia y mueve su cabeza cana. Luego responde a una cuestión que no debíamos haber formulado: —«A mi edad ya no se piensa en el porvenir. Con el gran poeta Pombo le dire:

*Ya mi parte de dicha está vivida,
y sólo cuanto resta es pesadumbre...*

Retenemos preciosamente sus últimas palabras, pronunciadas quizá en broma, quizá en serio; verdad y *boutade*: **No editaré nuevos libros. No tengo lectores. Mi destierro es voluntario. En Colombia no hay más desterrado político que el sentido común.**

Un apretón de manos. Poco cosa es para agradecer la límpida tarde colombiana a través de las calles de París. En la sombra se ha escurrido el Dr. Max Grillo, valor positivo, fundamental de la nueva América. No necesita volver a imprimir volúmenes para que se le lea y se le admire en las naciones hispánicas. Pudien'lo escribir para todo el Continente ha reservado su cincel al gran periódico bogotano de su buen amigo el Dr. Eduardo Santos. Por lo demás, sería difícil que el colaborador de *El Tiempo* se resolviera a *estandardizar*. (Ah!, la fea expresión!) sus pulidos artículos, porque, artífice sumo de la más fina sensibilidad, aún se resiste a rendir culto a la diosa de los periodistas: la máquina multiplicadora de cuartillas...

⁽¹⁾ En conferencia dictada por el Dr. Grillo, en Bogotá, en 1917 (y reproducida luego en su libro *Ensayos y Comentarios*), intenta demostrarlo en tesis prolija y sabia. Sin duda, es una de las piezas literarias más documentadas del Sr. Grillo; estudio crítico de regular trascendencia porque está llamado a contribuir a la formación de la historia definitiva de la poesía hispanoamericana del siglo pasado. (C. D. M.)

La pluma bien asida a la diestra, empapada en sangre violeta o azul, es puente de oro, que une su intelecto al leyente. La idea se derrama envuelta en claridad, sin quitarle a lo creado la más leve intención... Sintiendo en el pulso el calor, la fiebre de su numen, las manos moldean el barro de las palabras.... acariciándolas, transformándolas luego en vida latente. Quizá, ante el teclado, el artista no reconozca al tropel de sus vocablos íntimos; acaso las imágenes hu-

yan temerosas oyendo el zumbido de acero de la intrusa...

Las crónicas así pergeñadas con caligrafía amorosa—esmalte negro sobre campo blanco—llegan al público colombiano que se regala el espíritu escuchando a esta alma «en perpetuo estado de asombro». El gráfalo se detendría a meditar ante su escritura delicada y rítmica. Letra gallarda, romántica, que está de acorde con su estilo: diáfano como el mirar de un niño.

Carlos Deambrosio - Martín

(Envío del autor)

París, 1930.

Estampas

A propósito de ciertos brujuleos mercenarios

(Envío del autor.)

Es cierto que con la brújula se consiguen rumbos. Mas este instrumento indistintamente los da al pirata y al explorador. Con facilidad ese arte adivinatorio es el ejercicio de una entraña oscura. Cuando determinados intereses quieren tener a un país por desahuciado acuden a la brújula para descubrir los orígenes de un trastorno económico cualquiera en la actitud digna y previsora de las conciencias libres. Estos intereses encuentran detestable la existencia de seres inconformes con que den trato de colonia a la patria en que ellos sacan copiosísimo rendimiento. Y usan las múltiples formas de su poder para organizar con voces a salario crecido el desprestigio de esas conciencias.

Y se aprovechan de ocasiones propicias a despertar la credulidad que los siga y castigue la inconciencia de los irreverentes que hirieron los factores constituyentes de la «balanza económica» del país. Hacen un juego inicuo, propio nada mas que para deslumbrar al analfabetismo sin sentido.

Nuestro país esta experimentando un espectáculo parecido en el desprestigio que contra ciertas leyes levantan los intereses que ellas tienen heridos, es decir, contenidos en su explotación voraz y rapaz. Lo que todos vemos con desconuelo es que el país no tenga formada una conciencia pública que pueda enfrentarse a esa ruin obra de desprestigio. Cuando el ciclo de crisis que se señorea entre nosotros no es sino la prolongación fatal de la dureza que pasa por el mundo entero, las voces movidas a voluntad de los enemigos de esas leyes proclaman que es un fenómeno circunscrito a nuestro territorio. Y lo hacen para asaltar la estabilidad de esas leyes, para pedir que se las descuaje y arrime al despenadero en donde reciben sepultura los deshechos. Esperan la aprobación del analfabetismo, seguros de que ha de llegarles.

Y es natural que les llegue, porque, ¿qué hay del otro lado, del lado donde forman los que vigilan la libertad del país? Desorganización, inconciencia de lo que significa empeñarse en la defensa de los intereses de una patria, falta de

independencia económica, abulia. De esta confusión saca sus armas el capital irritado y las cala recio contra su agresor.

Y lo que sobre todo hay del lado de aquellos que en determinado momento histórico impusieron la barrera a la explotación y dominación, es el espejismo cruel de que el país sigue siempre con ellos. Si en realidad el país tuviera su conciencia pública formada no habría permitido la repetición de ese martilleo contra la firmeza de la ley que regula justiciara y previsora la cuestión bananera. Sin temor de lanzar una calumnia o hacer una simple frase, puede cualquiera asegurar que toda voz oída en desprestigio de dicha ley es fomentada por la Bananera. El juego es claro y sin embargo el país lo tolera. Se dijo para llenar de oprobio la conducta de los que abogaban por la referida ley que la Bananera no la aceptaría, dejando el país inmediatamente.

Sin embargo, ha hecho esa Compañía siniestra el simulacro nada mas de marcharse. Mentira que se irá nunca, porque la estaca en suelo nuestro la ha profundizado hasta un subsuelo en donde, para mal nuestro, se bifurca al infinito. Una presa de tan fácil asimiento, sumisa y rodeada de tanto criollo que la apacigua, no puede ser despreciada por un capricho momentáneo.

Si hemos de pensar que las noticias de los diarios están animadas de seriedad, llegamos por ellas a tener la certeza de que el país esta siendo reducido, en sus zonas todavía vírgenes, a propiedad de los agentes de la Bananera. De modo que el fantasma de la ruina de la industria del banano, tan pregonado en esta farándula de la crisis económica, no es sino un ardid. Esa industria no ha sufrido, como aseguran los agentes de la Bananera, golpe alguno que la tenga en estado agónico. Lo que en verdad ocurre es que la Compañía tiene agotadas las tierras extensas del Atlántico y busca las que puedan ofrecerle rendimientos por otro cuarto de siglo. La lucha que por medio de sus agentes criollos y extranjeros tiene empeñada la Bananera contra la ley que la limita en sus rapacidades, tiene como

único fin la explotación libre de nuevas zonas. Las ya reducidas a la esterilidad son sólo pretexto para obtener las otras. Si no careciéramos de una conciencia pública vigilante, estaríamos siguiéndole los pasos a los agentes remunerados que hoy pregonan un estudio de la ley bananera con el respectivo proyecto que la tumbe, y mañana titulan con la alcahuetería de las gracias municipales, de los títulos supletorios o de los denuncios, centenares de miles de hectáreas de suelo floreciente. Pero el país está adormilado. No quiere ver el despojo que están haciendo de sus reservas, de las reservas que no pertenecen precisamente a estas generaciones, sino a las de lo por venir. Se le grita que la industria del banano se encuentra en estado pre-agónico y que el fúnebre suceso acabará con la república, y se escuchan murmullos de aprobación.

Mas, ¿quién con un espíritu honrado ha intentado el estudio serio del problema bananero posterior a la ley que inspirada en una defensa austera y digna de la patria, quiso someter a principios más equitativos la explotación de nuestro suelo? No es con la brújula en la mano con lo que van a señalar rumbos. De antemano se sabe que ese instrumento no indicará sino los caminos que la Bananera quiera. La tarea del costarricense vigilante debe ser desechar esa propaganda nociva. El país está aún lleno de posibilidades de crecimiento, pero si las desconocemos y creídos en lo que pregonan los asalariados de la Compañía, las entregamos, la esclavitud es la humillación lo que nos aguarda. Revisen los preocupados lo que los agoreros de hoy condenaron hace un cuarto de siglo cuando la Bananera hacia exactamente el mismo juego de ahora. Se auguraba ruina, miseria, sumisión del país en la tiniebla más espesa. Y entonces los que visten en estos momentos el traje de agoreros fueron viriles y anatematizaron los ardides.

¿Por qué no dirán al país que el poder de la Compañía que le explota sus regiones sin control del Estado es enorme y absorbente? Los principios de ese capital norteamericano emigrado se inspiran en el dominio a perpetuidad de los suelos que llegan a poseer. De allí la precipitación sistemática con que reducen a su propiedad regiones enteras de un país. No vienen a ensayar cultivos ni a dispersar civilización. Saben que poseyendo la tierra controlan el mando. La posesión de la tierra es primordial para ese capital. Aquí, por ejemplo, no quieren las gentes darse cuenta de que la Bananera es dueña de lo mejor del país. ¿Quién dirige la mirada a la región del Sur de la República para preguntarse qué es de nuestros bosques? Y sin embargo, esos bosques ya no son nuestros. Hemos dejado que se adueñen de ellos los agentes de la Bananera, y la Bananera misma. Consulten las inscripciones del Registro de la Propiedad y encuentren la atrocidad de que uno solo de estos agentes tiene a estas horas tituladas a perpetuidad 53.675 hectáreas de bosques. ¿Cuántas

tiene a su nombre propio la Bananera? Esa región no nos pertenece. Lo que debió ser reserva de la nación es feudo de la rapacidad extranjera.

¡Y tener que darnos cuenta de que es por esa rapacidad por la que abogan en el país tanto criollo de alto y de bajo copete! Quieren el derrumbamiento de la ley bananera para descuajar esos bos-

ques y plantar bananos. Durarán esos cultivos un cuarto de siglo con provecho exclusivo de la Bananera. Terminado ese ciclo fatal volverán los augures de entonces a pedir nuevas concesiones para que la industria bananera no se arruine. ¿Qué dará ya la generación de víboras a que le toque corear los beneficios de la Bananera?

Juan del Camino

Cartago y abril del 30.

El destino de los Libertadores

=De Las mejores páginas de Manuel Ugarte, Casa Editorial ARALUCE, Barcelona.=

HAY hombres que son para su raza como los ríos, que sirven de venas a la tierra y animan el paisaje inmóvil: la vitalidad, la iniciativa, el genio que traen, fecunda vastas extensiones, acorta distancias y valoriza la palpitación de un pueblo. Bolívar y San Martín pertenecieron a esa categoría. En el movimiento de la emancipación americana, cuando todos los factores de la inmovilidad se oponían a la necesaria metamorfosis, su audacia triunfal puso en movimiento las energías latentes. Les debemos todos tanto, que casi no hay palabras para expresar la gratitud. Sin embargo, al evocar su acción, encontramos que mayores que sus proezas fueron sus desengaños.

Al retirarse, vencido y abandonado por sus amigos, Bolívar dice en una proclama: «Mis últimos votos son por la felicidad de la Patria; si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, bajaré tranquilo al sepulcro». Y en estas sencillas palabras, está acaso la filosofía final y la síntesis de lo que fueron, de norte a sur, las saturnales del desorden, desde el primer grito de independencia hasta la caída de los grandes caudillos. El contenido moral de esa frase abarca todas las perspectivas de la ebullición atormentada que disgregó las fuerzas de las antiguas colonias hasta llegar, sacrificando los ideales de los iniciadores del movimiento, a la organización fragmentaria.

Los primeros apóstoles del separatismo habían pecado acaso dos veces por exceso de lirismo. Al dejarse fascinar por los sistemas políticos, relegando a segundo término la situación económica y las perspectivas reales de esos virreynatos, desde el punto de vista de la capacidad financiera y la posibilidad de bastarse a sí mismos. Y al ignorar, o al no medir en toda su importancia, el alcance de los apoyos extranjeros que favorecieron la insurrección. Pero análogas imprevisiones se hallan en el origen de todos los movimientos y en la hora en que se produjo la revolución no revistieron la importancia que han venido a cobrar después. Teniendo en cuenta la riqueza de la América hispana, y el estado de la política mundial, la concepción inicial era perfectamente razonable y factible en todas las zonas. Lo que vino a perturbar las legítimas esperanzas y las primeras inducciones fué el carácter rea-

cio y levantisco de la masa que se trataba de exaltar.

Si establecemos un paralelo entre la acción revolucionaria de las colonias inglesas y la acción revolucionaria de las colonias españolas, encontramos de un lado la solidaridad y la disciplina, del otro la anarquía y la desunión; de un lado la concepción racial, del otro la preocupación local; allá la previsora inquietud del porvenir, aquí la aturrida avidez del presente. Mientras las colonias inglesas afianzan su vida y se aprestan a ejercer una acción mundial, las colonias españolas se agotan en luchas estériles y olvidan todo anhelo superior.

Pocos héroes presentan tantas garantías de desinterés como Bolívar. Su fortuna personal y la consideración de que goza dentro de la colonia le ponen a cubierto de toda sospecha. Se lanza a la fabulosa aventura guiado por un lirismo que emana a la vez de la Revolución Francesa, de la emancipación norte americana, y de una cultura griega y latina, exaltada por una reciente visita al Acrópolis. En su corazón hay un poco del puritanismo filosófico del siglo XVIII, y un dejo de la grandeza napoleónica. Quiere fundar un gran estado moderno. Sueña ser el Washington del sur. Sabe que su aspiración no es aventurada, porque tiene la conciencia de su mérito y la visión de las posibilidades históricas. Trae fe en su estrella y en el porvenir del Continente. Al servicio de su sueño pone tesoros de habilidad y de energía. Sin embargo, hay algo que falla. No es el obrero. No es el útil. Es la materia sobre la cual se opera. No porque sea ésta inadecuada o inferior, que en parecida zona y momento pocos pueblos ofrecieron mejores disposiciones en la *élite* y en la masa. No por incomprensiva tampoco. No por hostil puesto que, a pesar de ciertas resistencias momentáneas, el Libertador coincidía con la aspiración fervorosa del conjunto. Pero en el ambiente anárquico, la coincidencia no suponía adhesión, la comprensión no significaba apoyo, la gratitud no importaba respeto.

A nuestra América le faltó la sagrada facultad de admirar, que hace la superioridad de los hombres y de los pueblos. Paradojalmente igualitaria, en vez de nivelar en las cimas, quiso nivelar en el llano, derribando toda superioridad individual y haciendo al mismo tiempo

imposible toda superioridad colectiva. Lejos de la vivificante emulación con los otros pueblos, asomó desde los orígenes la sorda pugna entre los propios componentes, empeñados, no ya en superarse, sino en abolir toda jerarquía.

Cuando Bolívar escribía en 1830: «Nunca he visto con buenos ojos las insurrecciones y últimamente he deplorado la que hemos hecho contra los españoles», sintetizaba quizá en una frase su calvario. Pocos hombres fueron azotados por el odio, la intriga y la calumnia como él. Desde la traición, hasta la befa, tuvo que soportarlo todo con los ojos fijos en la obra que había emprendido. Y su mayor dolor fué ver que el resultado no correspondía al esfuerzo. «No espero salud para la patria, decía en una carta; este sentimiento, o más bien esta convicción íntima, ahoga mis deseos y me arrastra a la más cruel desesperación. Yo creo todo perdido para siempre y la patria y mis amigos sumergidos en un piélago de calamidades. Si no hubiera más que un sacrificio que hacer, y que este sacrificio fuese el de mi vida, o el de mi felicidad, o el de mi honor, créame usted, no titubearía. Pero estoy convencido de que este sacrificio sería inútil, porque nada puede un hombre contra un mundo entero; y porque soy incapaz de hacer la felicidad de mi país, me niego a mandarlo. Hay más aún; los tiranos de mi país, me lo han quitado, y yo estoy proscrito; así ya no tengo patria a la cual hacer el sacrificio.»

En sociedades indisciplinadas y bravías tiene siempre ventaja el mal sobre las virtudes, no porque la índole nacional se halle inclinada a favorecer la injusticia sino porque el instinto descontentadizo y opositor adopta y corea de buena fe cuanto puede perjudicar a un tercero. Desprovistas de la serenidad y el discernimiento necesario para desenredar intrigas, burlar confabulaciones y reducir la envidia o la venganza a su radio pequeño y especial, nuestras democracias cayeron en el delirio demoleedor. Las acusaciones de traición, dictadura y prevaricación, sin contar los ataques directos al hombre, hallaron siempre una masa ávida de secundar y repetir. Así se creó el ambiente que hizo posible, con el revolucionarismo enfermizo, el triunfo de los menos aptos; y así se ahogaron las esperanzas de los que determinaron la insurrección.

Como argentino, no he encontrado nunca una razón para atender mi admiración por Bolívar. Creo que el caudillo de Nueva Granada y el del Río de la Plata se completan, si abarcamos el conjunto de la vasta acción que consiguieron desarrollar. No hay choque entre ellos, ni en los ideales, ni en la realización. Pudieron hacerse la guerra, y sin embargo sobrepusieron a su amor propio el bien general. Cuando se encuentran en Guayaquil, no es para discutir primacías, sino para considerar el porvenir de América. Al tratar de que uno resulte superior al otro, algunos comentaristas los han disminuído a los dos, porque en el espíritu de nuestra historia concurren a una sola tendencia y son brazos

del mismo ideal. Ambos tuvieron que luchar contra la ambición de los pequeños, esa coincidencia bastaría para hacerlos solidarios, si no los uniera también, en la ingratitud, el recuerdo de las islas de Santa Marta y la visión de la humilde vivienda de Boulogne-sur-Mer.

La figura de San Martín, tan grande como la de Bolívar, si en la balanza de los valores cotizamos la generosidad y el renunciamento, domina todo el horizonte argentino, y por encima de los Andes, los antecedentes nacionales de Chile y del Perú, rememorando en medio de la dispersión, los puntos de partida comunes. Parco en declaraciones y confidencias, San Martín se impone, sobre todo por su silencio. Desde la expatriación, contempla el mar donde se hundieron sus esperanzas, y espera resignado la muerte. Pocos ejemplos de energía y de patriotismo se pueden parangonar al de este capitán victorioso, que renuncia hasta a la difusión de su gloria, en aras de austeros principios y

heroicas abnegaciones. Pero pocos ejemplos habrá también de tan ciega confianza en el porvenir. Porque hay sacrificios que sólo son posibles cuando existe la fe en la resurrección de un ideal.

Alrededor de estas inspiraciones se agiganta hoy en la juventud el culto del pasado común. Para medir la magnitud de la divergencia de orientación entre la América anglo-sajona y la ibera, basta recordar la actitud de la masa ante los jefes. Mientras los fundadores de los Estados Unidos se extinguen entre la admiración y la apoteosis, los fundadores de nuestras patrias mueren invariablemente en el ostracismo o la expatriación. Y la tendencia es tan áspera, que aun a cien años de distancia buscamos en el recuerdo de esos mismos apóstoles de la unión nuevos motivos de desavenencia, y encontramos el debate alrededor de las figuras de Bolívar y San Martín, prolongando inútilmente lo que podríamos llamar una guerra civil entre los muertos.

Manuel Ugarte

Bajorrelieve de algunos hechos

=De Caras y Caretas, Buenos Aires.=

Historia de un patriarca.—Los periódicos nos han dicho que se llama Zalewski. A pesar de la rudeza eslavónica de su apellido, Zalewski es francés, a quien acaban de tributarse los honores municipales, como a los grandes jefes de familia en la época de Virgilio, y el gobierno de Francia le ha conferido la Cruz de Caballero de la Legión de Honor. ¿Qué ha hecho, pues, Zalewski para merecer esas consagraciones y convertirse por breve instante, en personaje de notoriedad universal? Ha hecho mucho. Ha vivido. Ha vivido un siglo entero en una aldea de los Vosgos, sin salir de sus alrededores y sin dejar de ejercer en ese largo tiempo, su actividad de campesino. Araba su predio, lo sembraba, y en el invierno, cuando no podía cavar, carpir ni remover la tierra exprimida, cortaba leña, machucaba el hierro de sus rejas o reparaba con su pequeña fragua y su pequeño banco los implementos de su industria de agricultor. Un periodista ha querido recoger en una crónica sus recuerdos de anciano. Zalewski sólo conoce los acontecimientos públicos que tuvieron resonancia en el municipio en que vive. No ignora que se produjo en 1848 una revolución, porque en aquellos días asistió a la dramática renuncia del alcalde de Migueville, que se desprendió de sus insignias y las arrojó al suelo ante el estupor de los vecinos que presenciaban ese acto histórico. Y sabe también de la guerra de 1870 y de 1914, porque los dos sucesos extraordinarios de la historia de Francia repercutieron también en los apacibles contornos de Migueville. La patria se resume para ese sólido labrador al perímetro del burgo en que se levanta su casucha y al sitio en que se halla su heredad laborable. Su visión

del mundo termina allá donde sus ojos no ven más, en el horizonte de la campiña, y sin duda la escasez de sus memorias personales, la pobreza de sus emociones, producidas por actos vulgares, ha desengañado al redactor que hizo un viaje desde París para entrevistarle y referir a su clientela literaria, en un folletín complicado, las impresiones seculares de un patriarca. Sin embargo, si ese labriego hubiese vivido en alguna edad remota, el interés que nos ofrece hubiera sido menos exiguo. Después de apacentar ganado, de cultivar cohombros, alfarfón y mijo, habría enseñado sus experiencias a sus descendientes, en consejos útiles. Les habría dejado su sabiduría sobre la salida del sol, la fertilidad y los procedimientos agrarios y tal vez su palabra se hubiese perpetuado y llegado hasta nosotros como la palabra de los varones antiguos de la Biblia, que, como Zalewski, habitante de Migueville, reducían el universo al valle en que crecían sus dátiles o cuidaban sus rebaños. Su ciencia no era despreciable entonces. Era la ciencia de las primeras creaciones humanas, que los más viejos de las tribus dispersas iban acumulando y repitiendo ante los que debían sucederles en la vida. Mas Zalewski, con la dignidad honorífica de la Legión de Honor y sus cien años encima, ya nada puede enseñarnos, porque ya lo sabemos todo y sólo nos inspira la vaga simpatía que podría producir en nuestro espíritu la aparición de un hombre de los poemas de Hesíodo.

El signo de la mariposa.—Los cronistas que se congregaron en Londres para asistir a las deliberaciones de la conferencia naval fueron testigos de un hecho asombroso, del cual dan fe, en

una prosa menos monótona que la de sus comentarios sobre las discusiones económicas y técnicas, en los periódicos recientemente llegados de Europa. Parece que en el momento en que el rey Jorge V abría la asamblea, penetró en el recinto una grande mariposa, voló sobre la cabeza de los estadistas alegremente asombrados y salió después perdiéndose en el ámbito de la ciudad, inmensamente envuelta en bruma y taraceada de nieve. ¿Cómo se explica la aparición de una mariposa en los días duros de invierno? Es éste un acontecimiento misterioso que no ha de haberse realizado sin intervención del destino. Es un milagro, sin duda, y a pesar de su evidencia, no debemos rechazarlo. ¿Podremos olvidar acaso que la mariposa constituye desde antiguo un signo afortunado del amor y del espíritu? ¿Psiqué era una mariposa—alma y mariposa,—y ese ser ligero y estático, con sus alas luminosamente traslúcidas, se evoca en la primavera, cada vez que una mariposa real cruza el aire leve o se suspende en la superficie de una hoja. Su presencia es siempre un buen augurio porque nos contagia con su suavidad y con su gracia. Mensajera de la alegría, como la abeja lo es de la prosperidad, los hombres de las edades sencillas la amaban como hoy la aman los niños. ¿Habrán comprendido los hombres de la edad nuestra, torturada y pesada, que deliberan en Londres, la significación de este vuelo milagroso? En otra época los augurios tenían importancia. Los reyes más crueles y los gobernantes de corazón áspero dejaban de ser ásperezos y crueles cuando descubrían una brusca señal de lo invisible. La fe, o la superstición, les permitía discernir en esos oscuros anuncios un orden de las fuerzas superiores. Hoy los gobernantes y los políticos no creen ya en el misterio y no es fácil, por lo tanto, que ese saludo simbólico haya influido en el sentimiento de los congresales reunidos para medir la boca de los cañones y el número de los acorazados. A pesar de todo, no se puede negar que un milagro no se produce en vano. Tal vez, el recuerdo de la mariposa aparecida en la asamblea de Londres haga reflexionar ahora o más tarde a los que tienen en su mano el regimiento de pueblos en la necesidad de interpretar la voluntad desconocida del mundo en esos hechos que auspician el azar. ¿Por qué hemos de creer que el hombre seguirá inalterablemente acechando al hombre, como una fiera a la presa? Es posible que alguna vez se dé cuenta de que si obra de acuerdo con lo que se desprende de los símbolos amables le irá mejor de lo que le ha ido al ceder con triste tenacidad a los consejos de una razón obstinada en la crueldad.

Llamamiento argentino.—El tribunal de Insterburg, Prusia Oriental, ha oído, en un proceso, al coronel Pletskaits, jefe de los expatriados lituanos, al cual se acusaba de actividades políticas de carácter ilícito. El coronel Pletskaits declaró que su propósito y el de sus compañeros era emigrar a la Argentina. Este hecho carecería de virtud signifi-

cativa si no se vinculara constantemente a muchos hechos análogos. Hace poco fué detenido en una ciudad búlgara el director de una cuadrilla de bandidos y declaró también que se proponía ir a la Argentina porque en Bulgaria sólo podía ser bandolero, mientras que en nuestro país podría hacerse campesino. Y así, rusos, húngaros, polacos, gente balcánica y gentes sin porvenir de las naciones europeas que han sufrido en la guerra, a quienes, se persigue por causas políticas o que han perdido su posición antigua, piensan en nuestro suelo, como pensaban los europeos después de las perturbaciones napoleónicas en Estados Unidos, que entonces comenzaba a perfilarse ante el mundo. Norteamérica atrajo así a millones y millones de hombres, que buscaron en aquella tierra de riqueza todavía intacta la holgura, la tranquilidad y el derecho a ser libres. La Europa convulsionada, exprimida, decepcionada, se volcó sobre Estados Unidos, cuyo gobierno, compuesto por personas que tenían un sentido pro-

fundo del valor de esas migraciones, las fomentaron, las embellecieron con llamamientos persistentes, con ofrecimientos cordiales de hospitalidad. Ahora es el turno argentino. Europa se presenta como en los años sombríos que siguieron a la caída del Emperador, desgarrada, triste, agobiada bajo la ruina que le trajo la catástrofe de 1914. Y el hombre fatigado de las penurias de Europa quiere dirigirse a la Argentina, que concibe como una región de promesa y como una patria de bienestar. Es lo que debemos aprovechar nosotros y hacerles, como los yanquis a comienzos del siglo pasado, el intenso llamamiento del cual depende nuestro propio futuro. No tengamos miedo a las ideas, a las preocupaciones, a los viejos rencores de esos perseguidos y perseguidores que se agitan en sus solares natales. Aquí, como lo dijo el bandido búlgaro de la anécdota referida, se transformarán y cobrarán, con el primer surco, con la primera parva, con la primera ganancia, la imagen uniforme del país.

bre que carecía de ropa decente que ponerse. Los consejeros indicaron a Salazar ante las partes para que se resolviese el arbitramento; y una vez designado, estudió el expediente y al cabo de algunos días sentenció contra el rey Felipe II. Al ser notificado el rey, firmó diciendo: «Sería justicia». En estos medios murió el fiscal del Consejo de Indias, que era como decir, el procurador universal del Nuevo Mundo, empleo que el rey Prudente proveyó escribiendo de su letra: «El licenciado Alfonso Pérez de Salazar, fiscal del Consejo de Indias.» Aquí fué el buscar y no hallar al mal trajeado Salazar hasta que don Felipe escribió en autos: «El licenciado Alfonso Pérez de Salazar en Navalcarnero lo hallarán». Era que aquel gran rey y administrador acucioso estaba en todo y lo sabía todo, aunque la herejía lo escogió y lo dejó señalado, quién sabe hasta cuando, como blanco de sus odios. ¡Que competencia y porfía de justicia y de grandeza de carácter, entre el monarca y el letrado!

Contado por *Marco Fidel Suárez*,
Sueños de Luciano Pulgar, Tomo II.

Alberto Gerchunoff

Tablero = 1930 =

Referencias

Otros libros preciosos entre los de literatura contemporánea de España son los Cuentos de don Antonio de Trueba, superiores a la fama de que gozan, no llegando ésta a calificar con toda justicia la belleza de esas obras, por no ser ellas del género o de los géneros más preferidos en estos tiempos. ¿Cómo haría este escritor para trasladar con tanta delicadeza y exactitud como la que ostentan sus narraciones, el alma de los pueblos vascos, tan cristianos como laboriosos, y las líneas y colores de esas escondidas escenas? Todo es bello en esos Cuentos, comparables algunos a los mejores de los pueblos setentrionales en su parte artística, y rebosantes de piedad y candor en su parte moral, sin que por eso dejen de ser naturales en el grado que se requiere para que formen modelos de arte popular. El estilo es acabado por la fluidez y gracia, y el opulento lenguaje se parece al de la tierra que nosotros tres recordamos con amor, de suerte que en Trueba se notan las grandes semejanzas que relacionan las provincias vascongadas con la tierra de Robledo.—Cita de *Marco Fidel Suárez*.

Vivo amor para los ángeles. «Por todos los motivos imaginables debemos amar a los Santos Angeles». Así dice un teólogo francés en un precioso librito; el canónigo Boudon en *La devoción a los nueve coros de los santos ángeles y en particular a los ángeles guardianes*. (París, 1755).—Cita de *Azorín*.

Anécdotas

A las doce se cierran los baules; a las dos a bordo; a las tres se leva el ancla. Todos mis amigos me acompañan. Mitre, al oír la señal de despejar, se me arroja al cuello y entre sollozos, con el llanto de un niño, dice: Ve a mi madre, háblele bien de mí.—Esta ternu-

ra filial, este deseo de consolarla, le valdrán el perdón de toda falta. Aquí no hay que perdonar.

(Contada por *Sarmiento*
en sus Memorias).

Luciano.—...Side este contrato ha surgido un pleito, no es la primera vez que esto acaece. Instaurado el litigio ante la Corte, lo que procede es aguardar que se haga justicia, acordándonos de Felipe II.

Donato.—¿Cómo es eso?

Luciano.—Pues sucedió que teniendo pleito ese rey con un particular (porque los reyes de España ante la ley privada y ante los jueces son iguales al último vasallo), se convino en comprometer el pleito en la decisión de un árbitro. En ese tiempo volvió a España Alfonso Pérez de Salazar, después de gobernar el Nuevo Reino de Granada como oidor más antiguo, dejando reputación de magistrado justo hasta ser severo. Volvió tan po-

En alguna parte he escrito la historia del pope Juan. Tranquilo en su cabaña, un día es sorprendido por las turbas guerreras del conquistador. Todo se lo arrebatan: sembrados, cosechas, ajuares y ahorros de alcancías. Pero el pope Juan bendice a la Providencia, que ha permitido que conserve a los suyos y a su misero albergue. Pasa algún tiempo, y el déspota torna a invadir el territorio y a entrar con sus esbirros en la cabaña del pope Juan. Esta vez le pide sus hijos. «Tómalos—exclama el pope, resignado—. Dios me los ha dado y Él me los quita. ¡Hágase su voluntad suprema!» El invasor, cruel, parece marchar satisfecho. Pero apenas pasado un año vuelve a quemar la cabaña del pope, a apalearlo y a dejarlo herido y lloroso en el fondo de un desnudo barranco. Nuevamente el pope se conforma con su misera suerte... Hay algo que el tirano no puede quitarle: su propia conciencia. Una noche, el pope Juan siente rumor en torno suyo, como de ramajes movidos por algún cuerpo que se arrastra. Al cabo de un rato aparece ante su presencia el usurpador, pálido y tembloroso. «¿Qué quieres de mí? —le pregunta el pope—. Nada poseo; todo te lo he dado. Nada hay sobre la tierra de que yo pueda disponer». Entonces el tirano, trémulo, le contesta: «Quiero tu bendición para poder dormir en paz».

Contada por *Antonio Zozaya*,
(La Libertad, Madrid.)

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

■ CERVEZAS
ESTRELLA, LAGER, SELECTA,
DOBLE,
PILSENER Y SENCILLA.
■

■ FABRICA:
REFRESCOS
KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.
■

■ SIROPES
GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.
■

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA
SAN JOSÉ — COSTA RICA

Indice

Prospecto sobre la organización de este grupo y su revista

Santiago de Chile
IMPRENTA CERVANTES
Agustinas 1354
1930

Cierto número de intelectuales, escritores, profesores, artistas, periodistas, etc., ha decidido la formación de un grupo denominado *Indice*. El objeto fundamental de este grupo es proporcionar al público una información viva y actual sobre los valores espirituales comprendidos en las especialidades de cada uno de sus componentes. El instrumento de acción será un periódico, que llevará el mismo nombre del grupo, *Indice*. Para lo futuro se piensa en derivaciones como conferencias, ediciones, etc., que harán más amplia la acción.

Indice no será una revista más, que pretenda usurpar su público a cada una de las ya existentes. Será una especie de puente de comunicación entre unas y otras, y con la elasticidad propia de una publicación de ese género, dará informaciones que generalmente escapan a las revistas especializadas. Tampoco será un muestrario más para la vanidad de gentes ansiosas de publicidad. Todo lo contrario: aspira a ser un buen servidor del público, más o menos numeroso, que anhela estar al día en materias literarias, filosóficas, científicas y artísticas y que no dispone de tiempo suficiente para ingerir vastos tratados y difíciles textos especiales. También será un guía del lector por las indicaciones críticas, que publicará número por número, sobre todos los libros recientes, tanto nacionales como extranjeros.

La base financiera escogida para la creación y el funcionamiento de este organismo es la constitución de una sociedad por acciones. Esta idea, que ha sido propuesta a la consideración de muchos de nuestros futuros consocios en una reunión preliminar, efectuada en los primeros días del mes en curso, ha sido aceptada por ellos. Cada acción será de valor de cien pesos (\$ 100.00), que—para mayor comodidad de los que así lo soliciten—se podrán pagar por cuotas mensuales hasta enterar la cantidad total. Cada socio puede adquirir el número de acciones que desee.

Los organizadores de este grupo no ignoran que su iniciativa es una de tantas en una larga serie de empresas similares que no siempre han sido coronadas por el éxito. Pero están convencidos de que una administración honrada y una dirección firme y clara bastarán para dar a este grupo y a su periódico una situación espectacular y hasta una duración poco común. No pretenden asegurar a cada uno de los socios de *Indice* réditos semestrales sobre el capital invertido, como una empresa industrial o comercial. Pero sí creen que mediante disposiciones cuerdas y bien estudiadas, ni el capital de la sociedad será malgastado ni las iniciativas del periódico y del grupo caerán en el vacío.

Si Ud. está de acuerdo con el propósito declarado más arriba y con la forma de constitución de la sociedad, sírvase manifestarlo por escrito en la Tarjeta Postal adjunta al Tesorero del grupo *Indice*, don Raúl Silva

Castro, Biblioteca Nacional, Santiago, quien le dará todas las indicaciones necesarias para su ingreso a la sociedad, forma de pago de las acciones, etc.

20 de Enero de 1930. Mariano Picón-Salas.— Domingo Melfi.— Mariano Latorre.— Eugenio González R.— José Manuel Sánchez.— Manuel Rojas.— José C. Gutiérrez.— Ricardo A. Lat-

cham.—Fernando Ortúzar Vial.— Abel Valdés A.—Pablo Vidor.—Raúl Silva Castro.

Indice comenzará a publicarse en Abril próximo, en forma de cuatro páginas tamaño diario, y aparecerá mensualmente. Su precio de venta será de sesenta centavos. Los accionistas recibirán un ejemplar de cada número como suscriptores perpetuos de la Revista.

Efrén Rebolledo...

(Viene de la página 216)

de Wilde, y una novela y una obra teatral del mismo autor, cuya influencia recibió, en cuanto a la prosa artística, trabajada.

Debemos también a Rebolledo la traducción admirable del poema *If*, de

Kipling, y su colaboración con Rafael Cabrera en la versión de *La Muerte*, de Maeterlinck.

Por todo ello merece que se le considere como un hombre de letras de vocación definida, raro entre nosotros.

Francisco Monterde G. I.

Efrén Rebolledo...

(Viene de la página 216)

diplomático le proporcionaba, directamente, algunos de los temas entonces preferidos. La gestión oriental se manifestó en aquellas Rimas japonesas. Y al lado de inspiraciones puramente descriptivas, su espíritu refinado y sensual iba cuajándose en composiciones eróticas, atrevidísimas en el concepto y siempre vestidas con atavío verbal muy depurado.

Amado Nervo, a cuya generación pertenecía Rebolledo (la generación llamada en México de la Revista Moderna), le definió como un «modernista de alma parnasiana». Más me agradaría invertir la fórmula. Su exterioridad, la materia dura del verso es eminentemente parnasiana: lo «modernista» es el espíritu, contagiado de todas las fiebres que caldeaban la inspiración de aquellos días. «Yo le llamaría más bien alto artífice que alto poeta», decía Nervo. «Friamente cincela, pule, labra. Disloca, ductiliza, engarza». Esta definición que se remonta al primer libro de Efrén Rebolledo, (Cuarzos, Guatemala, 1902), conserva en gran parte su exactitud. Su poesía revela inmediatamente las cualidades del artífice:

La luz borda las sendas con adornos
sutiles, que son mágicos dibujos,
y reproducen formas y contornos
como por arte de pinceles brujos.
Simula con sus líneas en la tierra
aguafuertes, grabados, arabescos,
marfiles chinos, punto de Inglaterra,
y tallados altares platerescos.

Pertenece a la hora en que el verso gusta,
busca filiación entre las artes plásticas y les
pide sus procedimientos y sus refinamientos.
Pero esa materia se anima, como queda dicho,
por una llama sensual, a veces disimulada por
un capricho alegórico, tal como en los ágiles
pareados de su más famosa composición:

De los sátiros traidores
de las selvas moradores,
yo fui el más enamorado,
el más tierno y más osado...
Tras el biombo de las ramas
yo encendí las rojas llamas
de mis lúbricas pupilas,
contemplando en las tranquilas
líneas puras y rizadas
el cortejo de las driadas...

y a veces manifiesta en directísima expresión,
como en los sonetos amorosos de Joyelero,

emparentados con los más encendidos de Herrera y Reisig y de Leopoldo Lugones. Algunas narraciones y la versión de El crimen de lord Arturo Savile y de Intenciones, de Oscar Wilde, completan la labor literaria de Rebolledo, no muy extensa, e interrumpida cuando aún hubiera podido acrecentarse con nuevos libros.

E. Díez-Canedo

Qué es la humanidad?

(Envío del autor).

En senderos del mundo caminamos errantes:
unos vamos humildes, los otros petulantes,
unos somos enanos, los demás son gigantes.

Y la causa ignoramos.

Vivimos alegrías en ciertas ocasiones,
como en otras, tristezas en nuestros corazones,
para sentir acaso florecer ilusiones...

Y la causa ignoramos.

Unos somos amantes de las grandes montañas
los otros van en busca de ciudades extrañas,
tales palpitaciones nacen en las entrañas...

Y la causa ignoramos.

Como niños lloramos, como locos reímos,
sin saber dónde estamos cuando todos dormimos;
como juguetes, somos las gentes que vivimos.

Y la causa ignoramos.

Los humanos llevamos de alma, fuerte pedazo,
y al creer que vivimos sin ningún embarazo,
nos propina la muerte, implacable zarpazo...

Y la causa ignoramos.

Juan Ulloa

San Salvador.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Artes,
Historia, Filosofía y Ciencias Sociales

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Administrador: DANIEL RODOLICO

Oficinas: LAVALLE 1430

Exterior..... » 8.00 dólares

BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA